

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 26. — N° 775.

SUMARIO.

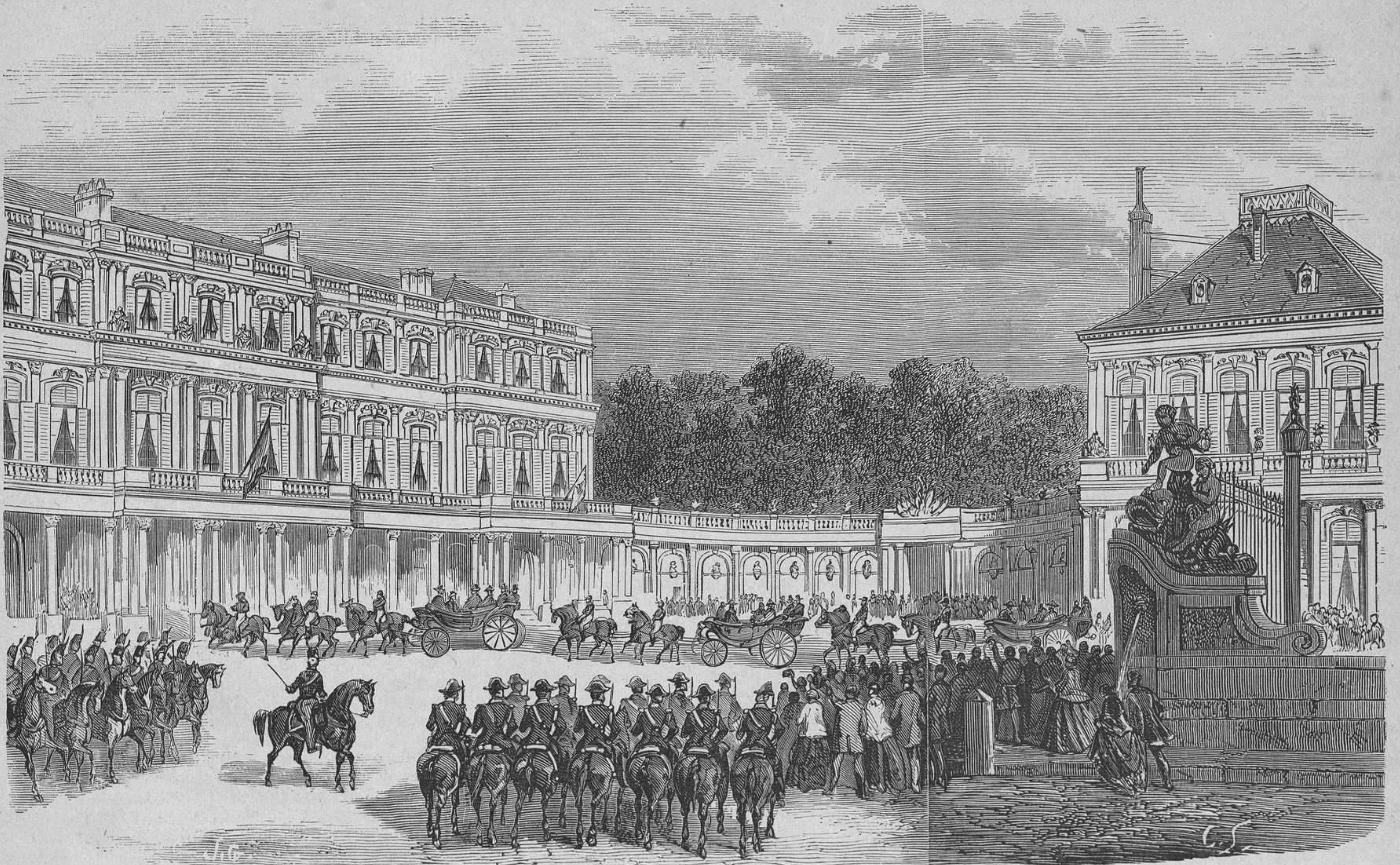
El emperador de Austria en Nancy; grabados. — Datos curiosos. — En la Ópera: Boceto de costumbres. — Revista de París. — El emperador de Austria en París; grabados. — Oliverio, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Revista de la moda. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — Sucesos de Italia: Piquete de bersaglieri italianos guardando la frontera pontificia, en Maremma; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

El emperador de Austria en Nancy.

El emperador Francisco José, despues de haber atravesado Estrasburgo y Luneville, deteniéndose apenas, llegó á Nancy el martes 22 de octubre á las doce del dia, siendo recibido en la estacion por el prefecto del Meurthe, por el general de Aurelles, comandante de la 5ª division militar, por el señor baron Buquet, alcalde de Nancy, diputado, y por el primer presidente y el procurador general del tribunal imperial; luego el emperador y sus dos hermanos, los archiduques Carlos y Luis

y Luis Victor, se dirigieron en coche hácia el palacio del Gobierno, donde todo estaba dispuesto para recibirlos. La ciudad de Nancy ha querido probar al emperador de Austria, con su entusiasta acogida, que no ha echado en olvido los antiguos y gloriosos lazos que le unen con la casa de Lorena.

La recepción no tenia mas que un carácter semi-oficial, pues el emperador guardaba el incógnito hasta Meaux; sin embargo, á su llegada le rodeaba cierto aparato militar, y cuando el cortejo imperial se desplegó con sus ricos y pintorescos uniformes entre dos hileras de tropa en la calle Estanislao, adornada con banderas francesas y austriacas, el espectáculo era brillante.



Viaje de S. M. el emperador de Austria. — Llegada al palacio del Gobierno en Nancy

El emperador Francisco José, de uniforme, así como los archiduques, ocupaba el primer carruaje que llevaba un tiro de seis caballos. En el segundo carruaje estaban M. de Beust, M. de Andrassy, ministro de Hungría, vestido con el traje nacional, una levita de terciopelo violeta con pasamanería de oro, el príncipe de Metternich y el príncipe Lichtenstein.

Los demás coches estaban ocupados por el séquito numeroso que acompaña al emperador Francisco José, y por los altos personajes que salieron á recibir al emperador en Estrasburgo, á nombre del emperador de los franceses.

Después de haber atravesado la plaza Estanislao y la plaza Carriere, el emperador de Austria entró en el palacio del Gobierno, de donde salió, cuando hubo descansado un rato, para ir á la iglesia de los Franciscanos y á la capilla redonda.

Esta visita era el motivo principal de la parada que hizo en Nancy el emperador de Austria: el descendiente de Leopoldo I se sentía atraído con un piadoso respeto hácia aquella larga serie de duques de Lorena que la casa de Hapsburgo continúa hoy en la línea masculina.

La iglesia de los Franciscanos, y sobre todo la capilla redonda, constituyen el gran panteón de la Lorena. Desde fines del siglo XV, época en que la construyó Renato II, á fin de perpetuar el recuerdo de la victoria de Nancy, y hasta principios del siglo XVII, la iglesia de los Franciscanos ha encerrado los restos de los duques de Lorena. En el siglo XVII el duque Carlos III quiso destinar á los príncipes de su casa una sepultura que les fuese mas especial que la iglesia conventual de los Franciscanos, y mandó elevar la capilla redonda, que aunque forma como una dependencia de la iglesia, es otro edificio, consagrado exclusivamente á la memoria de los duques. Puede decirse que esta iglesia y esta capilla son para la familia imperial de Austria el templo de sus abuelos. Así, desde que el casamiento del duque Francisco con Maria Teresa colocó á la casa de Lorena en el trono imperial, todos los emperadores de Austria han cuidado constantemente de entrambos edificios. Maria Antonieta, al atravesar Nancy cuando vino á Francia, las visitó, así como también fueron visitadas después por el emperador Francisco I. Últimamente, en 1856, el archiduque Maximiliano estuvo también en la capilla redonda.

La iglesia de los Franciscanos, que no tiene en sí nada notable, encierra una serie de mausoleos, entre los que se cuentan algunos de gran mérito artístico. Citaremos sobre todo la estatua de Felipa de Gueldres, esposa de Renato II; la tumba de Renato II, la estatua del cardenal de Vaudemont y la tumba de Gerardo I, conde de Alsacia, jefe de la casa de Lorena. La capilla redonda, llamada capilla ducal, donde se ha reunido todo lo que se ha podido encontrar de los restos de los duques de Lorena que fueron dispersados por la revolución, se restauró completamente hace unos veinte años.

Todas las notabilidades de Nancy estaban en la iglesia, esperando al emperador, que había entrado, ó los anticuarios le habían hecho entrar antes en el Museo arqueológico. Verdad es que este museo es digno de visitarse, pues en él se encuentran muchos objetos preciosos bajo el doble concepto del arte y de la historia. El edificio en donde se halla instalado, es el único resto del antiguo palacio ducal; y son la iglesia de los Franciscanos, la capilla redonda y la antigua puerta de Craffe, es todo lo que queda de la antigua ciudad, de la ciudad ducal. La ciudad nueva se halla casi exclusivamente consagrada á Estanislao, tanto que se podría creer que el suegro de Luis XV quiso romper con todas las tradiciones relativas á los antiguos duques. Por todas partes en ella se encuentra el nombre de Estanislao: hay la calle Estanislao, la plaza Estanislao, los arcos de triunfo de Estanislao, la iglesia, no de Estanislao, sino consagrada enteramente á la memoria de Estanislao, pues el rey de Polonia no quiso adoptar por postrer asilo esa capilla redonda donde yacen sus ilustres predecesores.

Después de haber recorrido el museo de arqueología lorena, el emperador llegó por fin á la iglesia de los Franciscanos, donde fué recibido por un clero numeroso á cuya cabeza se hallaba el obispo de Nancy. El prelado saludó al soberano con algunas palabras bien sentidas, después de lo cual Francisco José atravesó la nave de la iglesia, deteniéndose un instante ante el mausoleo de Felipa de Gueldres, y entró en la capilla redonda.

Al cabo de algunos instantes de recogimiento, durante los cuales un solista acompañado por el órgano cantaba un salmo, S. M. bajó á la bóveda ducal donde están las cenizas de los príncipes y princesas de la casa de Lorena. Cuando el emperador volvió á la iglesia, se pudo notar en sus facciones la emoción natural del piadoso homenaje rendido á sus antepasados. Francisco José saludó de nuevo la tumba de Renato II, uno de los héroes de la historia lorena, y luego salió del templo. Los gritos de ¡Viva Francisco José! ¡Viva el emperador de Austria! le acogieron de nuevo á su salida, y se prolongaron casi constantemente durante el largo trayecto de los Franciscanos á la iglesia del Buen Socorro, adonde Su Majestad fué en seguida.

En la iglesia del Buen Socorro, se conservan algunas antiguas banderas desgarradas, valerosamente conquistadas por los duques de Lorena, y el joven emperador quiso regocijar su corazón con este espectáculo después de las horas que había consagrado á los sentimientos tristes.

La velada se consagró á una recepción en las casas consistoriales. Los espléndidos salones de este edificio,

inaugurados el año último, con presencia de la emperatriz Eugenia, estaban atestados de gente. El cuadro es siempre el mismo: muchos uniformes, muchas bandas y placas, y un lujo extraordinario en las señoras.

El emperador Francisco José, al llegar á la casa de ayuntamiento, fué recibido al pie de la escalera por el señor alcalde, al mismo tiempo que una banda de música militar tocaba un himno nacional austriaco. Cuando S. M. se presentó en los salones, los convidados repitieron con igual ardor las aclamaciones ya oídas en la calle. El emperador entró seguidamente en el salón blanco reservado hasta entonces á las señoras, y que resplandecía de trajes ricos y elegantes. Lo demás es fácil de suponer: música, presentaciones, versos, y después de los versos, otras tocatas.

El pueblo, que veía con sentimiento el fin de esta jornada, en que parecía que Nancy volvía á ser capital por algunas horas, no abandonó la plaza Estanislao y la plaza Carriere, hasta que el emperador estuvo de vuelta en el palacio del gobierno. Todo, sin embargo, tiene fin: las fiestas, las iluminaciones, los vítores. El miércoles á las seis y media de la mañana, el emperador de Austria se dirigía á París: las banderas desaparecieron una á una, y Nancy volvía á ser la tranquila capital del departamento, lo que aun constituye una posición muy respetable.

M.

Datos curiosos.

Sumemos á los 1867 años de nuestra era los 4963 que se cuentan antes de Jesucristo y tendremos 6830 años, ó sea el periodo trascendido desde la creación del hombre.

Rebajemos de este periodo los 1655 años que median hasta el Diluvio y hallaremos la salida de Noé y su familia del arca hace 5175 años.

Deduzcamos de estos 401 años que los descendientes de Noé pasaron en las llanuras de Sennaar hasta la destrucción de la Torre de Babel, y tendremos la dispersión de los hombres sobre la tierra hace 4744 años.

Pero hoy que á todas horas oímos hablar de millones, los periodos trascendidos que acabo de citar podrían parecer insignificantes, si no se considerara que hace solamente 375 años que se descubrió la América, y que algunas de las populosas ciudades de aquel Nuevo Mundo, como la de New-York, fué fundada hace solamente 255 años.

Es decir, que calculando el término medio de la vida del hombre en 50 años (que es un promedio mucho mayor que el verdadero) los holandeses que descendían de los fundadores de New-York, serán los tataranietos de estos, ó lo que es lo mismo, han pasado ya cinco generaciones desde la fundación de aquella grande ciudad, emporio del Nuevo Mundo.

Cinco mil ciento setenta y cinco años han bastado para multiplicarse la familia de Noé y llenar la tierra. Después de cincuenta y un siglos los hombres han venido á comprobar, (si comprobación hubiesen necesitado) los escritos de las Sagradas Escrituras, con los recientes descubrimientos hechos por los geólogos referentes al Diluvio, de cuyo cataclismo guardaban la tradición todos los pueblos del Nuevo Mundo.

Los descubridores de la América encontraron entre aquellos indios la tradición de nuestro Noé, que como el *Deucalion* de los griegos, y el *Te-Ko* de los chinos, es el *Tepzi* de los mejicanos; la hallaron tanto entre los indios Chickassaw de la Florida, los Lenni Lemapes, los Mandanes y los Crows, como entre los Tamanaques y Achequas del Orinoso y los naturales de Taiti; en una palabra, la tradición del Diluvio estaba viva entre todas las tribus, desde las orillas del Mackenzie hasta el cabo de Hornos.

Cinco mil ciento setenta y cinco años son un periodo asombroso para la vida del hombre; son unos instantes solamente para la vida del mundo.

Nuestro globo, durante la serie de miles de años que formaron los seis primeros días de su vida, sufrió grandes alteraciones y espantosas catástrofes, al solidificarse la costra exterior de la tierra.

Condensados, por mandado del Criador, los vapores despedidos de su superficie abrasadora, «apareció la luz.»

Se descubrió en seguida por su orden suprema, «el firmamento,» la atmósfera, es decir la luz y el aire, los dos elementos indispensables á la vida de las plantas y de los animales.

Ordenó en seguida, «que la mar y la tierra se separasen y que esta se cubriese de verdura.»

Dispuso después, que «unos cuerpos luminosos dividiesen la noche del día,» y marcase las estaciones y los años.

«Creó las aves y los peces,» y en seguida los «animales terrestres,» y dejó para el sétimo lugar, para «el sétimo día, la creación del hombre» que debía ocupar la morada que tan bien había dispuesto para recibirle.

Cuvier y después los geólogos modernos con sus descubrimientos é investigaciones no han podido menos de reconocer que este fué el orden de la creación.

Al solidificarse la costra exterior de la tierra sufrió la natural contracción, y se produjeron en ella grandes desigualdades, al paso que al desgarrarse las partes mas débiles de dicha costra, por no poder resistir los vapores creados por las materias fluidas candentes interiores, se produjeron erupciones de dichas materias, que

enfriadas por el contacto de la atmósfera, vinieron á aumentar el volumen de las desigualdades antes mencionadas, ó sea de las montañas.

Las grietas que se formaron á la parte inferior de la costra, se llenaron con las materias candentes que forman la masa interior de nuestro globo, las cuales al pasar del estado líquido al sólido, dieron lugar á la formación de los diferentes metales que yacen en las capas subterráneas de la tierra.

Dos de estos metales son el oro y la plata, que se encuentran en estado nativo, aunque pocas veces puros. El «oro» contiene comunmente cierta porción de plata y algunas veces de cobre ó de hierro.

Se halla entre las grietas de diferentes clases de rocas, en estado cristalino, en granos diseminados, y en «pepitas» que forman parte de depósitos de aluvión; y como estos proceden de la destrucción de rocas auríferas, claro es que dichas pepitas deben considerarse como restos ó parte de la matriz en que estaban encerradas.

En algunas localidades se encuentran pepitas del tamaño de una nuez y algunas veces se han encontrado masas de mucho valor. En la Carolina del Norte se halló una de treinta y siete libras de peso; en el Paraguay se han encontrado algunas de hasta cincuenta libras, y en California y especialmente en Australia, se han hallado otras de cerca de cien libras.

La masa mayor de que tengo noticia que se haya hallado en el viejo continente, es la que en 1842 se extrajo del valle de Taschku-Targanka, que pesa cerca de cien libras y está depositada en el Museo de Ingenieros de Rusia.

El oro es el metal mas dúctil y maleable, puede batirse en hojas tan delgadas, que con un solo grano se puede cubrir una superficie de sesenta pulgadas cuadradas, y una onza de oro basta para cubrir un hilo delgado de plata, que tenga una longitud de 2,080 kilómetros.

La mayor parte del oro procede de la Rusia asiática, Brasil, Transilvania, Indias Orientales, California y Australia. Las minas de España que fueron antiguamente muy ricas, las del Rhone y del Danubio estan hoy, puede decirse, olvidadas.

La plata es el mas blanco de todos los metales y puede admitir un lustre que solo es inferior al del acero pulido. Es el metal mas dúctil y maleable después del oro.

La plata se encuentra combinada con el azufre, arsénico, mercurio, etc., y también en grandes filamentos y en forma de planchas comprimidas. Una de las mas grandes masas obtenidas en Europa es la que se halló en Konisberg en Noruega, que se conserva en el Museo de Copenhague y que pesa unos cinco quintales.

La plata nativa se halla en rocas ferruginosas, como sucede en Huelgoat en Inglaterra, y en las minas de Chile y Méjico, en cuyos dos últimos puntos estos minerales argentíferos se conocen bajo el nombre de «pacos» y «colorados.»

También se encuentra en Sajonia y Hungría, y en grandes cantidades en las minas del Perú, Méjico y Estados Unidos de la América del Norte.

La plata puede también batirse en hojas casi tan delgadas como las del oro, y por su ductilidad puede estirarse en hilos mas delgados que un cabello, de modo que con un grano de plata puede hacerse un hilo de 122 metros de longitud.

Por otra parte su tenacidad es tal, que un alambre de una línea de diámetro puede sostener un peso de dos quintales.

Antes del establecimiento de la moneda, el cambio de productos era el único medio de hacer las transacciones.

Este medio tenia grandes inconvenientes, y por lo tanto fué preciso buscar un agente que fuese solicitado de todos. Este agente se encontró en los metales, que en un principio solo se usaron en barras ó lingotes.

Pero no debe olvidarse que estos debían recibirse según su peso y su grado de pureza, lo cual era otro grave inconveniente por ser estas dos circunstancias difíciles de estar al alcance de todos y porque no era fácil que las barras tuviesen el peso ó el valor necesario para dejar realizada de momento una transacción.

De aquí provino la invención de la moneda ó metal acuñado, que según Herodoto, tuvo lugar en Lydia, y según otros escritores antiguos, en el reinado de Jano y Saturno en la Italia antigua, 1450 años antes de Jesucristo. Con todo, los anticuarios numismáticos, consideran que la primera moneda se acuñó en Egina, por Pheydon, rey de Argos, 895 años antes de Jesucristo y convienen en ello, tanto por la forma de la moneda, como por ser la mas antigua que se ha encontrado, la cual lleva en una de sus caras una figura de tórtola.

Antes de entenderse bien la metalurgia, se usaron para la moneda los metales inferiores. Los lacedemonios emplearon para fabricarla el hierro y los romanos el cobre. Pero el deterioro que sufrían estos metales y el adelanto en las artes disminuyeron su valor, de modo que el volumen de estos metales llegó á ser demasiado grande respecto al valor intrínseco de ellos.

Esto fué la causa de que se conservase el cobre para monedas de poco valor y se adoptasen en todas partes el oro y la plata para las de un valor crecido. Siendo necesario que el metal tuviese un cierto grado de fuerza ó una cierta «ley,» se estableció el número de quilates que debía tener el empleado en la moneda, y para seguridad, se acuñó con el sello ó armas de los gobiernos que se reservaron la fabricación.

El oro puro se considera que tiene 24 quilates. Desde el descubrimiento de la América, una gran parte del oro y de la plata que entró en circulación; provino de aquel continente. Según los datos que con el mayor cuidado recogió Humboldt, el rendimiento de las minas americanas fué, en los años á continuación expresados, el siguiente:

De 1492 á 1500	pfs.	250,000 anuales, ó sea 2.000,000
1501 1545		3.000,000 138.000,000
1546 1600		71.000,000 594.000,000
1601 1700		16.000,000 1.600.000,000
1701 1750		22.500,000 1.125.000,000
1751 1803		35.300,000 1.871.000,000
Total en 312 años.		3.330.000,000

Al principio de este siglo las minas de América producían unos 43 1/2 millones de duros anuales, á los cuales añadidos unos seis millones que daban las de Rusia y otros países de Europa y Asia, forman unos cincuenta millones anuales ó sean quinientos millones en los diez primeros años.

Pero en aquella fecha empezó la disidencia de las colonias españolas, á consecuencia de la cual, habiendo abandonado aquel territorio los propietarios de la mayor parte de las minas, que eran españoles, se abandonaron también los trabajos de ellas y disminuyó considerablemente su producto.

La abundancia de oro y plata que proporcionó la América, y que en su mayor parte venía á parar á Europa, ocasionó la exportación de moneda que á principios de este siglo se hacía para el Asia, y que consistía en unos 25 millones y medio de duros anuales, á saber: 17 millones y medio por el cabo de Buena Esperanza; 4 millones por el Levante, y 4 millones por la frontera de Rusia. Pero en el año 1830 se estableció una corriente inversa, y tanto de la India inglesa como de la China, empezaron á exportarse el oro y la plata para Europa.

Aquella misma abundancia fué también la causa de que aumentase el consumo de los metales preciosos en las artes é industrias. Según M. Chabrol y M. Benoist, en 1823 la Francia consumía para tales objetos 4 millones de duros anuales, la Inglaterra 9 millones y cuarto, la Suiza 1 millón y tres cuartos, y los demás países de Europa unos 6 millones, ó sea en junto unos 21 millones de duros anuales. Pero no debe olvidarse (según dice Necker) que en el oro y plata usados para dorar, platear, hacer alhajas, galones, cajas de relojes, etc., se emplea una mitad procedente de los mismos objetos que se han deteriorado ó pasado de moda.

El consumo creciente del oro en diferentes artes é industrias hubiera podido producir un aumento de valor en este metal, si no hubiesen venido los portentosos descubrimientos de él, en California en setiembre de 1847, y en Australia en febrero de 1851; aun cuando la Siberia, Hungría, Transilvania y Brasil seguían produciendo las cantidades de costumbre, y aun cuando los montes del Ural y Altai en Rusia produjeron en 1840 unos 20 millones de duros.

La California, que poco antes del descubrimiento de su oro había pasado á poder de los Estados Unidos, llamó la atención de los aventureros; y San Francisco, en cuya bahía afluyen los ríos en cuyas arenas se halla el oro, se convirtió en una populosa ciudad con una rapidez que acaso no tiene ejemplo en la historia.

La afluencia de aventureros fué tal, que á pesar del considerable número de buques que, con efectos de todas clases, apareció muy pronto en aquellas aguas, se llegaron á pagar 2 onzas de oro por un par de zapatos, se vendió algunas veces la libra de harina á 30 reales, y se pagó muy frecuentemente á los carpinteros y cerajeros un jornal de 12 duros.

Durante los cuatro primeros años que mediaron desde 1848 á 1852, el oro que produjo California tuvo un valor de 172 millones de duros, habiendo seguido aumentando la producción con los nuevos descubrimientos que se han ido haciendo.

Aunque la formación geológica de Australia hacia presentir que debía encontrarse el oro en aquel remoto país, no llegó á descubrirse hasta 1849. En dicho año M. Smith, que se hallaba ocupado cerca de Bathurst, presentó al secretario de aquella colonia inglesa un trozo de oro engastado en cuarzo, y pidió una grande recompensa para dar á conocer el punto de donde lo había extraído. El secretario comunicó á la primera autoridad la proposición de M. Smith, que no fué atendida. El mismo resultado tuvo después M. Hargrave al hacer una proposición igual á la de M. Smith; pero sabedor el gobierno inglés de lo ocurrido, mandó hacer investigaciones que dieron á conocer que verdaderamente existía oro en diferentes puntos de la colonia. Concedidos los permisos para los trabajos, se halló este metal en tanta abundancia, que en solos 73 días, ó sea desde 20 de octubre á 31 de diciembre de 1851, el oro exportado de la colonia ascendió á 145,117 onzas.

El gobierno inglés recibió en aquella época un parte oficial, diciendo que una brigada de 4 hombres había recogido en 8 semanas 2,220 onzas de oro, y que otra de 5 hombres había obtenido 3,008 onzas en 7 semanas. Esta noticia dió margen á que en los 4 primeros meses de 1852 saliesen de Inglaterra solamente para Australia 11,258 personas, cuyo afán de enriquecerse les hacía olvidar las penalidades del largo viaje que debían emprender, y las vicisitudes á que debían exponerse para realizar sus esperanzas.

En 1859, ó sea 9 años después de empezar los trabajos, el valor del oro recogido en Australia fué de:

pfs. 36.268,080 en New South Wates.
» 469.051,060 en Victoria.

ó sea pfs. 505.319,140 sin contar otras cortas cantidades que se recogieron en varios otros distritos de la colonia.

No parecerá pues extraño que en 1852 la ciudad de Birmingham consumiese ya 4,000 onzas de oro semanales solamente en el dorado de metales; que las fábricas de porcelana de Staffordshire necesitasen para esta industria 10,000 onzas al año, ni que el Banco solo de Inglaterra mandase acuñar en aquel año también 18 millones de soberanos de oro, equivalentes á 86 millones 400,000 duros.

Si de lo dicho pasamos á ver el valor del oro producido desde el año 1500 hasta el 1848, encontraremos las cantidades siguientes:

América. . .	5,650 millones de duros en plata.
» . . .	2,085 » » en oro.
Europa. . .	485 » » en plata.
» . . .	335 » » en oro.
Africa . . .	730 » » en oro.

Total. . . 9,285 millones de duros, sin contar la producción del Asia, de la cual no se tienen datos aproximados.

Por último, en el año pasado, 1866, se consideraba que existía en el mundo un valor de:

6,735 millones de duros en plata.
4,255 » » en oro.

Total. . . 10,990 millones de duros.

Consideremos por un momento el verdadero valor de esta cifra, que podrá parecer de grande consideración ó de poca importancia, según el aspecto bajo el cual se considere.

Si no me he equivocado en los cálculos, tendremos que los 10,990 millones de duros no bastarían para comprar «al contado» los 200,000 kilómetros de ferrocarril que hay en explotación, contando el costo á 60,000 duros por kilómetro. Traslado estos pocos números á los que dicen que los ferro-carriles son una industria como otra cualquiera.

Si los dichos millones tuvieran que repartirse entre todos los habitantes del globo, nos tocarían unos «once y medio duros» á cada uno, que no pagarían ni el trabajo que daría la repartición. Traslado también este cálculo á los que creen que realizándose con religiosidad la doctrina de los comunistas, quedaríamos todos habilitados.

Por otra parte, los 6,735 millones de duros en plata, fundidos en una sola masa, nos darían un volumen de 2,460,375 palmos cúbicos, y los 4,255 millones en oro una masa de 54,872 palmos cúbicos, que ya parece una gran cosa.

O de otro modo: la plata representa una masa que tuviese 135 palmos de longitud por 135 de altura y 135 de profundidad, y el oro un cuerpo sólido de 38 palmos de alto, 38 de ancho y 38 de largo, que no parece mucho.

Finalmente, con la masa de plata podría hacerse una barra sólida de medio palmo en cuadro, que tuviese 1,914 kilómetros de longitud; y con la de oro una barra de la misma escuadría de 43 kilómetros de extensión.

J. GIL Y M.

En la Opera.

(BOCETO DE COSTUMBRES.)

I.

Son las doce y media de la tarde del 8 de enero de 186... y acababan de almorzar opíparamente la marquesa de C..., su hija María y su sobrino Luciano.

Aquella es una buena señora como de cincuenta años, medianamente gruesa, de nobles facciones, de sonrisa benévola y constante, de palabras dulces y cariñosas.

María es una bella morena de diez y ocho años, alta, delgada y un poco pálida, de rasgos finísimos y espaciosa frente, con unos grandes ojos negros, brillantes y vivos, cuyas miradas entrañan irresistible encanto.

Luciano, en fin, huérfano de un hermano de la señora marquesa, independiente y rico, pero que ama á su tia como á una madre y á su prima como á su única hermana, es un jóven de veinte y ocho años, varonilmente hermoso, cuya franca fisonomía presenta un carácter muy marcado de bondad y ternura.

Continuemos.

Un ayuda de cámara entró en el comedor con un rico servicio de café, depositóle sobre un velador maqueado, enfrente de una chimenea encendida y entre varias butacas y una linda duquesita, hizo después una profunda reverencia y desapareció en seguida automáticamente.

La marquesa se levantó de la mesa, para acomodarse al calor de la chimenea, en una ancha otomana: María y Luciano tomaron asiento en la duquesita, atrayendo el segundo hácia sí el pequeño velador que contenía el servicio.

— Querida tia, café, dijo Luciano, ofreciendo á la señora de la casa una taza de plata, llena del succulento moka.

— Mamá, lo que quiere es dormir la siesta, ¿verdad, mamita? observó la niña con zalamería encantadora.

— ¿Y tú, primita?

— ¿Yo, café?... Gracias, gracias... ¡Ni verlo!

— ¡Ay, Dios mío! ¿Te brincan ya los nervios?

— ¡Calla, malicioso! Pues mire Vd. que es mucho: ¿no he de poder privarme de lo que me disgusta y daña?

— ¡Vaya por Dios! exclamó Luciano con gravedad cómica.

La marquesa entre tanto apuró su taza y quiso esforzarse en alejar el sueño que cerraba sus párpados.

María se puso á examinar los figurines de un periódico de modas, y Luciano saboreó con calma y verdadero deleite la agradable bebida.

Al poco tiempo, María se acercó á su primo y le dijo en voz baja:

— Escucha... Oye un recadito.

Luciano inclinó la cabeza á la altura de los rosados labios de la niña, y esta prosiguió:

— Tengo que hablarte.

— ¡Cáspita! ¿Cosa grave, prima?

— Vamos... ¿empiezas ya á reírte de mí?

— Corriente. Entonces me quedo...

— No, tonto. Dentro de media hora iré á tu gabinete...

— ¿Eh?

— Cuando mamá se duerma... Vete ahora si quieres.

— Bueno. Me voy.

— ¿Esperarás?

— Pues no. Hasta luego.

Luciano salió riéndose, María volvió á sus figurines y la marquesa siguió recostada en la otomana, completamente vencida por el traidor Morfeo.

A la media hora pretijada, ya estaba llamando María en la puerta del gabinete de su primo.

— ¿Se puede entrar, primito?

— No, primita, contestó el jóven abriendo la puerta.

— He sido puntual, ¿verdad?

— La una y cinco minutos. ¿Sabes, chica, que esa puntualidad me infunde serios temores?

— ¡Mejor! Hazme burla...

— No, hija, no; estoy muy serio. ¿Quieres sentarte?

— Gracias... Si se despertase mamá...

— ¡Uf, qué miedo! Sorprendería en este cuarto unos crímenes tan horribles...

— ¡Jesus! Siempre tienes ganas de broma. ¿Quiere usted oírme, señor burlon?

— No se enoje Vd., señorita. Soy todo oídos.

María hizo una mueca graciosísima de impaciencia, sacó de su bolsillo un pequeño billete, estampó en él un beso sostenido y ardiente, y dijo á Luciano, que la contemplaba sonriendo, con acento de inefable alegría:

— Pues, hijo: has de saber que acabo de recibir esta carta.

— ¡Ay, Dios mío!... ¿De Claudio, eh?

— Eso es: de Claudio. Toma y lee.

— Veamos.

Luciano desdobló el billete y leyó lo que sigue:

« María de mi vida: es necesario que asistais esta noche á la Opera. La infame Blasa ocupará una butaca de quinta fila, y Enrique, mi digno amigo, que se sentará al lado de aquella, provocará su locuacidad durante el entreacto primero, cuando se encuentren ambos rodeados de numerosa falange de chismosos de salón.

» Esta noche daremos el gran golpe, el golpe de efecto y decisivo. Por Dios, que no falte tu primo.

» ¿Nos casaremos pronto?

» Sí; porque el corazón me dice que esta noche se abrirán de nuevo para mí las puertas de tu casa.

» Adios, y bendita seas.

» CLAUDIO. »

— ¡Magnífico plan! exclamó Luciano devolviendo el billete á su prima.

— ¿Te parece?

— Me parece bien: tan bien, que pronto habrá boda.

— ¡Dale! ¿Empiezas otra vez?

— ¡Cuando yo decía que era cosa grave tu confidencia!

— Pero, hombre, ¿quieres callar?

— No te pongas colorada, primita. Vamos á conquistar á la señora marquesa, y á las ocho estaremos en el palco.

— ¡Qué gusto! Esta noche se descubrirán todos los enredos de esa picara... Vamos, vamos...

Y María, radiante de júbilo, enlazó su brazo con el del noble jóven, y ambos se dirigieron en busca de la dormilona marquesa.

II.

Aquella noche, representábase en el Real ta obra maestra de Gounod: *Faust*.

A las ocho, el grandioso coliseo se hallaba atestado de una muchedumbre inmensa que contenía los alientos para sentir á su gusto la majestuosa *obertura* de la ópera cuyas primeras notas, rasgando el ámbito perfumado

de la sala, llegaban á los oídos de los espectadores en torrentes de magnífica armonía.

Los palcos bajos y plateas estaban henchidos de elegantes damas vestidas de flotantes gasas y adornadas de flores y brillantes; en las butacas del fondo predominaba el sexo fuerte, de frac negro y corbata blanca, ridículo traje sancionado por la etiqueta moderna; los asientos superiores estaban, en la mayor parte, ocupados por esas numerosas familias de la clase media que asisten algunas veces á la ópera para no atreverse á separar los gemelos de los trajes de los cantantes y decoraciones de la escena; y mas arriba, en fin, se distinguía el inmenso paraíso, cual informe monton de semblantes humanos de todas clases y de todas edades, feos y bonitos, tersos y arrugados, viejos



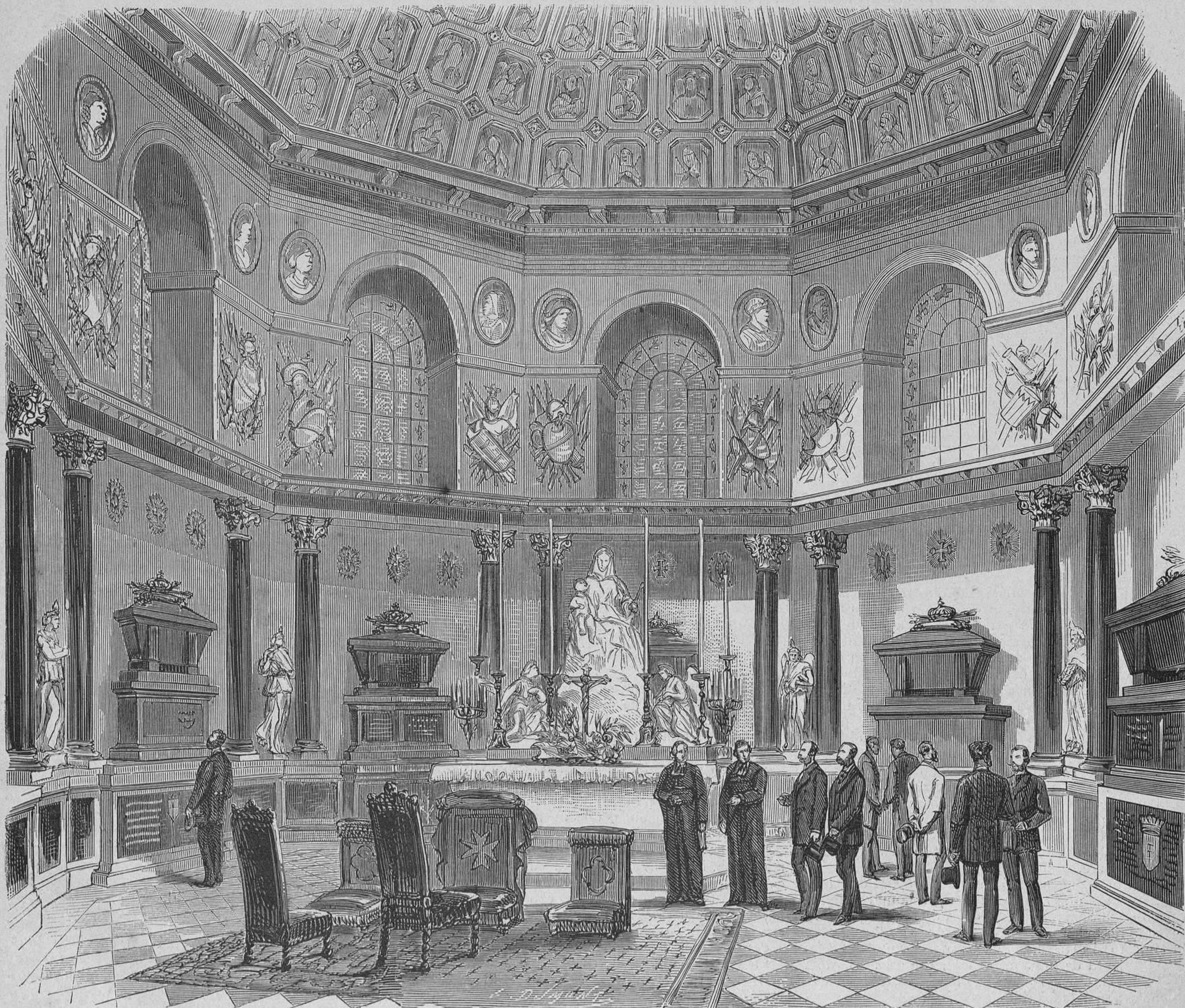
NANCY. — Entrada de S. M. el emperador de Austria en el antiguo palacio ducal.

y jóvenes, que se agitaba de cuando en cuando en rugidor y terrible, como río impetuoso contenido en estrecho cáuce. Levantóse el telon.

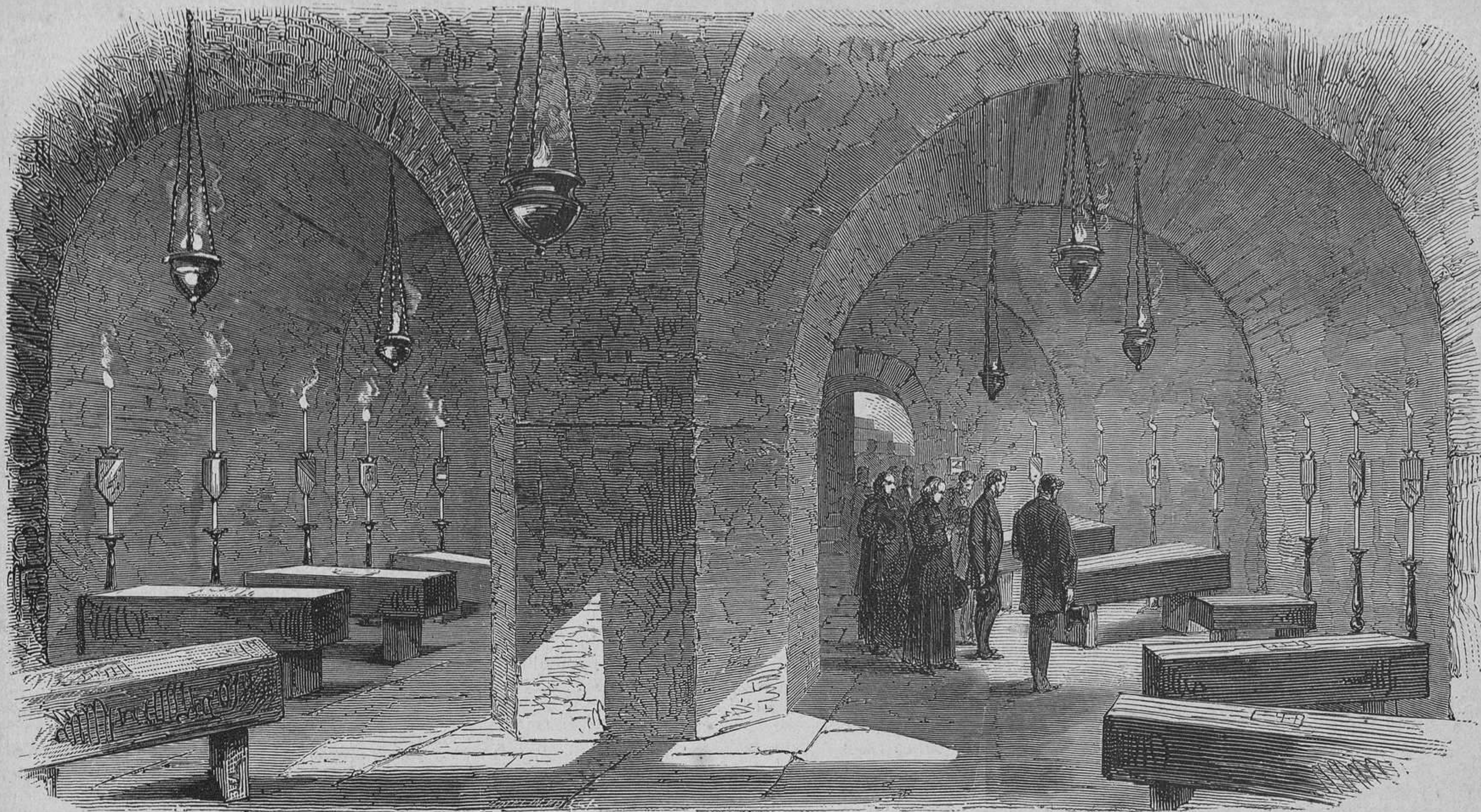
El viejo Fausto apareció en el escenario, llorando sobre el libro de la ciencia humana.

Ensueños voluptuosos de placeres saltaban en tropel fantástico por su mente enardecida, y los tiernos acentos de los aldeanos de la Alsacia, que cantaban el amor y la vida, llegaron á los oídos del viejo sabio como rayos de fuego que reanimaban su corazón marchito.

Evoca arrebatado al genio del abismo, y Mefistópeles, levantándose desde el fondo de la tierra, entre círculos de llamas, aparece delante del anciano con su mirada profunda y magnética, su sonrisa incisiva y sarcástica, su palabra encantadora y maldita.



NANCY. — Su Majestad el emperador de Austria en la Capilla redonda.



NANCY. — Su Majestad el emperador de Austria visitando la bóveda sepulcral de la Capilla redonda, en donde se conservan las cenizas de los duques de Lorena.



NANCY. — Iglesia de N. S. del Buen Socorro visitada por el emperador de Austria.

En aquel momento se levantaba también el pesado *portier* de terciopelo que cerraba el interior de uno de los palcos bajos de la izquierda, para dejar paso á dos elegantes damas y un apuesto caballero.

Eran la marquesa, María y Luciano.

Adelantaron las dos primeras hasta la balaustrada, separaron un poco las sillas y tomaron asiento en los ángulos del palco: luego se desabrocharon los riquísimos abrigos de pieles que cubrían sus hombros, abandonaronlos á Luciano con sonrisa encantadora, y dirigieron sus anteojos á diferentes puntos, sin objeto, al parecer, determinado.

Luciano tomó asiento al lado de María, y la dijo por encima del hombro, con acento muy débil:

— ¿Están?

María se puso mas encarnada que una amapola, y paseó una mirada escudriñadora, aunque rápida, por las butacas pares; de repente se detuvo su mano, y la bella morena envió un saludo misterioso y leve, pero tierno y elocuente, envuelto en dulce sonrisa, á cierto elegante caballero que la contemplaba, desde uno de aquellos asientos, con expresión de inmensa ternura.

— ¿Están? volvió á preguntar Luciano.

— Sí... ¿Tú no conoces á Claudio?

— No, hija... ¡Qué lástima, verdad!

— Observa. Aquel jóven que ocupa la butaca tercera de la sétima fila...

— ¿Ese es Claudio, eh? Lo digo porque te mira mucho, y está muy contento...

— Bien. Ahora mira... dos filas mas adelante... ¿Ves dos señoras? Pues la de acá es Blasa... la otra su hermana...

— ¡Uf! ¡Qué feos son! ¿Solteronas?

— Cierto.

— Ya se conoce, ya... Entonces Enrique...

— Es el jóven que está á su lado.

— Corriente... Paciencia, primita, que todo se andará. Claudio saludaba en aquel momento á la señora marquesa.

A los pocos instantes terminaba el acto primero.

Fausto, rejuvenecido y hermoso, era arrastrado por Mefistópeles en busca de la bella Margarita.

Cuando cayó el telón, Luciano abandonó el asiento y salió del palco dirigiendo á María una mirada de inteligencia.

III.

En la quinta fila de butacas pares se había reunido un grupo de jóvenes fátuos y de viejos tontos, al rededor de dos señoras de edad indefinible.

Eran Blasa y su hermana, cuyas lenguas viperinas, como habrán adivinado ya mis lectores, habían hecho fracasar el matrimonio de María con el jóven Claudio.

Este, como ya sabemos, se hallaba colocado en una butaca de la sétima fila, detrás de aquellas y procurando no ser visto.

El grupo que rodeaba á las solteronas se reía ruidosamente.

Enrique, dirigiendo una mirada de inteligencia á María, que esta comprendió perfectamente, dijo:

— ¿Sabéis que es muy linda la hija de la marquesa de C...?

— Ya lo creo, contestó un vejete lustroso y pintado, que acariciaba su brillante barba negra... teñida en la peluquería de Prats.

— ¡Oh! Se la ve tan poco en los salones...

— Tendrá celos, Luciano.

— ¡Cómo! ¿Se casan?

— ¡Bah! Malas lenguas dicen...

— ¿Qué?

— Pero ¿tú nada sabes?

— ¡Palabra de honor! nada, contestó Enrique sin inmutarse.

Y el pintado vejete prorumpió en burlescas carcajadas.

— ¿Qué es eso, baron? preguntó Blasa con voz chillona.

— Por favor, Blasa: inicie Vd. á este pobre neófito en la historia secreta de la bella morena.

— ¿Quién lo ignora? ¿Enrique? ¡Ah! Eso es imperdonable. Yo soy muy amiga de la marquesa... Como que no hay en aquella casa secretos para mí...

Y Blasa, sonriendo con malicia, atrajo hácia sí á Enrique, y arrojó sobre sus contortulos una mirada de triunfo.

La solterona iba á entrar en su elemento: la murmuración.

Permítaseme aquí separarme un momento de la historia.

Las personas como Blasa, y vosotros habéis conocido y conoceréis á muchísimas en este mundo de la hipocresía y de la mentira, á trueque de ensangrentarse con crueldad impía en la honra del prójimo, abusan infamemente de los secretos que sorprenden en las casas ajenas, por buenos ó reprobados medios.

Penetran en vuestro hogar, en la intimidad de la familia, alentadas por esa confianza absoluta que conceden las almas sencillas dotadas de bondadosos sentimientos; se enteran minuciosamente de lo que habeis hecho, de lo que haceis y de lo que os proponéis hacer en adelante; examinan vuestros trajes, vuestros tocados, vuestros muebles, vuestra mesa; serian capaces de escudriñar hasta el pensamiento mas recóndito de vuestras almas, hasta el secreto mas oculto de vuestros corazones.

Y como si la buena fama del individuo ó de la familia no fuese una propiedad tan respetable como otra

cualquiera, esas mismas personas que creéis amigos, que tal vez sean parientes vuestros, salen de vuestras casas para entregaros al ludibrio y escarnio de los murmuradores de oficio, pasando cobardemente el frío escarpelo de la sátira por todo lo que os pertenece, por venerable y puro y digno que lo creáis vosotros.

¿Qué les importa si de un secreto depende la honra de una familia?

Usarán de mil fórmulas hipócritas para respetar las consideraciones sociales, pero entregarán á las lenguas maldicientes el arcano sorprendido, aumentándole siempre en perjuicio vuestro, adornándole con los comentarios mas indignos, sazónándole con chanzas groseras y reticencias malignas.

Esto es un axioma práctico que estará desgraciadamente al alcance de todos vosotros.

Hé aquí el género miserable, y bajo cuyo tipo trato de presentaros en Blasa.

Prosígamos.

La solterona comenzó:

— María amaba con delirio á un tal Claudio de...

— Le conozco, interrumpió Enrique.

— Pero Claudio era un pez muy largo... un pájaro que... ¡ya, ya! ¡Cantaba en la mano!

— ¿De veras?

— ¡Vaya! Le gustaba la morena; pero como era rico y no aspiraba á los millones de la chica, se había entregado en cuerpo y alma á una belleza de taller, á una de esas palomas de Capellanes que arrastran su vuelo al rededor de los muchachos ricos. ¡Pues!

— ¡Ah!

— Es claro: yo, que adoro á María, viendo la proximidad de su enlace con el aturdido Claudio, descubrí á la señora marquesa las trapisondas del jóven... ¡pataplum!... me le puso de patitas en la calle.

— ¡Bravo, bravo! exclamaron algunos de los que oían.

— ¿No es verdad que hice bien, señores? preguntó la solterona.

— ¡Oh! Perfectamente, contestó Enrique con cierta ironía, porque ese Claudio... era tan largo... que si usted supiera...

— Sí, que no sé bastante. ¡A quién se lo cuenta usted!

— Lo creo, lo creo... ¿Se acabó?

— ¡Quíá! Falta lo mejor. La pobre chica, que, eso sí, le quería mucho, no hacia mas que llorar... Lloraba, lloraba, lloraba... Pero un día le dije yo á su madre:

— ¿Por qué no llamas á tu sobrino Luciano? ¿Quién sabe si se entenderán los dos primos?

— Buen pensamiento.

— La prueba es palpable, porque todo sucedió como yo lo había pronosticado. La marquesa llamó á Luciano que estaba en París perdiendo el tiempo, el primo se enamoró de la prima, y la prima del primo... y...

— ¿Qué? ¿Pero no se casan! observaron algunos.

— No, no tienen mucha prisa, replicó Blasa. ¡Bah! Necesitan dispensa del papa. ¿No es verdad, baron?

— Es chistoso... contestó el vejete; ¡y el bobalicon de Enrique se queda con la boca abierta! ¡Ja, ja, ja!...

— ¿Pero por qué no se casan si se quieren tanto, Blasa? ¿Qué misterio es ese? preguntó un almibarado pisaverde.

— ¿Otra vez? respondió la solterona. Pues señor, aquí no se entiende si no se dice con todas las letras... Cuentan que él es tan enamorado, y ella... cuentan, cuentan... tan generosa... ¡Pues es claro, santo varon!

Una ruidosa carcajada acogió las últimas palabras de Blasa.

Pero de repente se presentaron dos elegantes jóvenes cuyos ojos despedían centellas.

— ¡Miente Vd., víbora! dijo uno de ellos á la mordaz solterona.

Era Claudio.

— ¡Caballeros! exclamó el otro con fría calma y continente altivo. En nombre del honor ultrajado, Vds. serán testigos, cuando fuere necesario, de las infames calumnias de esta señora.

Era Luciano.

— A la orden de Vd., caballero, contestó Enrique.

— Gracias, prosiguió Luciano. A la conclusion del acto que va á empezar, en el palco de la señora marquesa de C... Beso á Vds. la mano.

Claudio y Luciano se unieron entonces, aunque no se habían tratado nunca, por el vínculo comun que les imponían los ultrajes calumniosos de Blasa.

María temblaba en el antepecho del palco: la marquesa, que no estaba en pormenores de nada, permanecía indiferente.

Comenzó el acto segundo de la ópera.

IV.

¿Para qué referir á mis lectores lo que habrán adivinado?

Concluido el acto segundo, se verificó la escena conmovedora de la reconciliación, en el pequeño salóncito de descanso que precedía al palco de la marquesa.

María y Claudio no necesitaron presentarse pruebas de inocencia: en cambio se las presentaron de amor.

Enrique y Luciano convencieron á la marquesa de la inocencia del amante de su hija.

Claudio, en fin, desde aquel instante hasta la conclusion de la ópera, permaneció sentado en el palco al lado de su bella María.

Blasa, entre tanto, rugía de cólera: abandonó el teatro pálida, con ojos exaltados, con labios contraindidos, con manos crispadas y temblorosas...

Todos fueron testigos de su afrenta.

Tal vez habría yo dado al olvido la historieta que acabo de referiros, si al ejecutar cierto día un auto de fe con papeles inútiles en la chimenea de mi gabinete, no se me hubiese ocurrido pasar la vista por una tarjeta olvidada que la casualidad ponía entonces en mis manos.

La tarjeta decía así:

« La marquesa de C... participa á Vd. el efectuado enlace de su hija María con el señor Claudio de... »

Esta tarjeta me hizo recordar también que Luciano fué el padrino de la boda.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

Revista de Paris.

El día de Todos Santos es en París una de las festividades mas solemnes. Desde por la mañana se cierran todas las tiendas, y una vez concluidas las ceremonias religiosas en las iglesias, la multitud se precipita en masa hácia los tres grandes cementerios de la capital, Montmartre, Montparnasse y el Père Lachaise. Este año el tiempo favorecía excepcionalmente la piadosa peregrinación á los cementerios. Era un alegre día de sol con esa temperatura tibia de que tan pocas veces se disfruta en esta estación de frios, aguas y nieblas. Así la muchedumbre era incalculable. En el campo santo de Montmartre ha habido un incidente que vino á turbar el recogimiento de los visitantes. Algunos individuos que llevaban coronas al sepulcro del veneciano Manin, muerto en el destierro, y al monumento del general Cavaignac, fueron presos por la policía, lo que está dando margen á vehementes protestas en los periódicos; mas este hecho, de carácter político, no es del dominio de esta crónica, y por lo tanto, nos limitamos á consignarle sin apreciaciones de ninguna especie.

La política en los momentos actuales absorbe de tal modo la atención general, que es difícil tratar de cosas del día y poco ó mucho no rozarse con ella. Por ejemplo, ¿de qué se puede hablar hoy en París que no sea de la derrota de Garibaldi, de los envíos de tropas, de los temores de grandes conflictos? Ante las noticias de Italia todo palidece. Y sin embargo, no hay remedio: los que no escribimos artículos de fondo tenemos que prescindir de estos acontecimientos que tantas alarmas difunden por Europa.

La semana última anunciamos como una resolución definitiva que la Exposición universal quedaria cerrada el 31 de octubre; pero á última hora la comisión imperial, secundada por los comisarios extranjeros, dió una prórroga de tres días, bajo la condición de que el producto de las entradas había de aplicarse á los establecimientos de beneficencia. Con efecto, así ha sido, y es de suponer que se habrá recogido una buena suma.

Ya se principia á echar cuentas sobre lo recaudado durante la Exposición, y se calcula que resultará una cantidad de mas de diez millones de francos. Ahora bien, como el fondo de garantía de la empresa no representaba mas de seis millones, no tendrán por qué quejarse los accionistas.

La misma comisión imperial de la Exposición, considerando que el jardín de horticultura, separado del palacio y del parque, puede recibir al público sin que esto sea un obstáculo para la salida de los productos, ha decidido que permanezca abierto por tiempo ilimitado. No es por cierto la parte menos digna de visitarse de esa gran Exposición universal ese jardín reservado con sus aquariums de agua dulce y salada, con sus magníficos invernáculos y sus preciosas construcciones que contienen un mundo de flores exóticas, de exquisitos frutos y curiosidades hortícolas.

A propósito de este jardín y de sus producciones, un periódico de horticultura refiere una anecdotilla muy chistosa.

Parece ser que un propietario de depósitos de trufas en el Mediodía de Francia, había querido probar á los inteligentes que estaban muy atrasados en cuanto á saber cómo tiene efecto la producción del estimado tubérculo, y que él, y nadie mas que él, poseía el secreto de producirle á su antojo.

Bajo este concepto, se aprovechó de la Exposición universal para aclarar una cuestión tan grave como importante, y hé aquí de qué modo.

Al extremo de la parte consagrada á los árboles frutales en el parque reservado, estableció un depósito de trufas artificial, esto es, plantó pura y simplemente las encinas que llaman trufas, asegurando que este otoño se encontrarían allí trufas.

Un día del último mes, la comisión de horticultura fué convocada para hacer la prueba, y á falta de los cerdos ó de los perros bien enseñados que sirven para este oficio de descubrir la trufa, tomaron al chico de un jardinero que abrió una zanja, y que poniéndose á escarbar en ella con sus manos, sacó una trufa y luego otras.

Había trufas efectivamente, y la comisión, bien convencida de ello, iba ya á retirarse para extender un informe afirmativo, cuando hé aquí que de repente surgió una duda en la mente de dos miembros que habían seguido atentamente los pormenores de aquella operación.

Parece ser que cada vez que el jardinero sacaba una trufa, los dos escépticos observaban un agujerito en el fondo de la cavidad que dejaba esta trufa. Naturalmente quisieron

conocer el origen y la causa de este agujero, y entonces uno de ellos comenzó á escarbar, sacó una trufa, y viendo que quedaba también allí el pérfido agujerillo, introdujo su dedo en él, y emitió la idea de que podía haber sido hecho con la punta de un plantador.

Inmediatamente sometieron á un examen las consabidas trufas. Echáronlas en agua, y al cabo de algunos minutos descubrieron que la tierra negruzca del Campo de Marte se precipitaba al fondo del recipiente, en tanto que la tierra amarillenta que quedaba adherida á la trufa probaba que el tubérculo había nacido bajo el cielo perigourdino, el país de las buenas trufas.

No hay para qué añadir que el parte dado á la comision imperial sobre este chasco que pasa de castaño oscuro, se redactó como era debido. Pero el caso es que el astuto expositor ya se había llevado una medalla de oro por sus trufas. Veremos qué partido toma la comision en tan grave asunto.

Estos últimos días ha anunciado la misma comision imperial que la distribucion de los premios á los expositores favorecidos, tendrá lugar en los días siguientes:

Del 15 al 30 de noviembre de 1867, las medallas de oro.

Del 5 al 31 de diciembre, las medallas de plata.

Del 15 de enero al 20 de febrero de 1868, las medallas de bronce.

Del 1º al 31 de marzo, las menciones honoríficas.

En dichas épocas serán entregadas las medallas con sus correspondientes diplomas á las comisiones extranjeras para que las envíen á sus respectivos países.

La tardanza ha consistido en que cada medalla tendrá el nombre del expositor, siendo 16,000 próximamente el número de las que han debido acuñarse.

El emperador de Austria ha continuado durante la semana última sus visitas á los distintos establecimientos públicos de París que merecen siempre la atención particular de los viajeros. A falta de grandes fiestas en que ocupar el tiempo, el soberano austriaco ha querido ver con detencion tanta y tanta curiosidad como se encierra en la capital de la Francia. Señalemos brevemente las mas interesantes de estas visitas.

El sábado á las dos de la tarde, el emperador Francisco José estuvo en la casa de Monéda, donde fué recibido por el senador M. Dumas, presidente de la comision de monedas y medallas.

Después de haber recorrido el museo que contiene tipos de todas las monedas que se hallan en circulacion en todo el mundo, así como cuantas medallas se han acuñado en Francia, el emperador, deseando asistir á la fabricacion, pasó á los talleres, en donde pudo ver cómo se acuñan las monedas de oro, de plata y de cobre.

La víspera el emperador, acompañado de los archiduques, estuvo en la manufactura imperial de los Gobelinos. Aquí le hizo los honores el mariscal Vaillant, ministro de la casa del emperador y de bellas-artes. Los telares funcionaron ante los visitantes, que admiraron sobremanera la organizacion de esta célebre manufactura, así como la belleza de sus productos.

Los mercados centrales y la cárcel de la Conserjería recibieron también la visita del emperador de Austria.

La excursión á Versalles y á Trianon tuvo efecto como se había anunciado en el programa.

El número de convidados ascendía á cuarenta, y el cortejo se componía de once carruajes de la corte, todos ellos descubiertos. En el primero iban la emperatriz, el emperador Francisco José y los dos archiduques.

El almuerzo se sirvió en Trianon, y luego los visitantes recorrieron los jardines, después de lo cual volvieron á los coches y atravesaron el parque de Versalles en direccion á Saint-Cloud. En el momento en que llegaron delante de la fuente de Neptuno, corrieron los grandes juegos de agua.

El domingo tuvo lugar el viaje á Compiègne del emperador Napoleon y del emperador Francisco José, y el mismo día hicieron una visita á Pierrefonds. Por último, el lunes hubo una gran cacería, como la del bosque de San German, y al día siguiente el emperador de Austria se puso en camino para regresar á sus Estados.

El emperador Napoleon vino á Saint-Cloud, de donde la corte se trasladará á Tullerías. Este año tendremos pues una pronta inauguracion de los salones. Ya las diversiones veraniegas se concluyen. El circo de los Campos Eliseos, el concierto, los bailes en los jardines se han despedido hasta la temporada próxima; las fiestas campestres se han concluido ya, y desbaratada la gran feria del Campo de Marte, no se habla mas que de preparativos de bailes, comedias y conciertos en los salones parisienses.

En estas ferias que se improvisan sucesivamente en los pueblos de las cercanías de París, suelen ocurrir hechos singulares. Hé aquí una curiosa escena que ha tenido lugar últimamente en uno de los puntos mas frecuentados por los saltimbanquis, y que la prensa de provincia ha referido con largos pormenores.

En una modesta barraca formada con algunas tablas y algunos metros de lona, un hombre vestido de marinero convidaba al numeroso grupo que estaba parado delante de la puerta, á que entrase á ver á un joven salvaje de la costa de Malabar, que un capitán de buque había traído á Europa á consecuencia de un combate que tuvo que sostener contra la gente de su tribu.

— Entrad á ver, decía, á este ser extraño que solo se alimenta con tabaco y carne cruda. Entrad y vereis cómo hace oracion, cómo canta uno de los cantares mas populares de su país, y entonces podreis decir que habeis visto

en esta barraca el espectáculo mas curioso de la feria... No se paga mas que dos cuartos á la salida.

Después de este discurso que siempre seducía á muchos curiosos, resonaba el bombo y entraba la gente en la barraca del salvaje.

Una de estas veces acertó á entrar un campesino robusto y despierto todavía, no obstante sus sesenta años.

Muy luego el salvaje, que podía tener unos quince años, hizo su aparicion.

Way-Wuo, que tal era el nombre que le daban, tenía un traje muy primitivo. Una pelleja de carnero y un calzon roto, componían su vestidura.

Pero eso sí, á falta de ropa, llevaba unas puas de puerco espin debajo de la nariz, dos dientes de tiburón que le atravesaban las orejas y tres ó cuatro collares de perlas que bailaban sobre su pecho.

Apenas el descendiente de los feroces Way-Wuo, pues aseguraban que era hijo de un jefe de tribu, acababa por orden de su amo, de comenzar su oracion, cuando de repente el susodicho campesino comenzó á gritar desafortunadamente:

— ¡Ah! tunante, al fin te encuentro... Vamos á ver si hoy te escaparás.

Y hablando así, de un brinco se plantó en el tablado, se arrojó sobre el joven indio y le aplicó unos cuantos garrotazos de tan buena gana, que al paciente no se le olvidarán en mucho tiempo.

A los gritos del muchacho algunos espectadores intentaron, aunque vanamente, separar al campesino y al digno hijo de Way-Wuo que continuaba recibiendo palos y poniendo el grito en el cielo. Por fin, cansada ya su mano, el campesino soltó el garrote y entró en una larga explicacion, de la cual resulta lo siguiente:

Way-Wuo, ó mejor dicho Pedro Bertran, era su hijo. Parecía ser que este muchacho, que hace dos meses habitaba con él en la granja, desapareció de repente del país, y que desde entonces se ignoraba su paradero, no obstante los pasos tan activos que se habían dado para encontrarle.

¿Cómo se hallaba en aquel sitio y con aquel disfraz el travieso muchacho?

Sea como quiera, mediante una conferencia con el jefe de la banda, el supuesto habitante de las costas de Malabar, revestido con el traje europeo, volvía á tomar el camino de su aldea contento, á pesar de la correccion, por haber recobrado el amparo y cariño de su padre, á cuya casa no se atrevió á volver después de su escapatoria.

El jefe de la barraca, añade el *Nouvelliste de Rouen*, del que extractamos estos pormenores, no pudiendo enseñar ya otra cosa que la vestidura del joven indio, prefirió marcharse á otra parte con la música. Efectivamente, después de recoger sus trastos, sin olvidar su bombo y su bocina para hablar al público, salió con direccion á otra localidad, donde quizás encontrará otro Way-Wuo escapado de su familia.

Hemos dicho que entramos en el periodo de las diversiones del invierno. Así es, y como principio tenemos ya los conciertos de música clásica del circo Napoleon que cada año van reuniendo mayor número de gente. Nadie habría creído algunos años atrás que las masas parisienses llegasen á aficionarse tanto á la gran música de los incomparables maestros Mozart, Haydn y Beethoven. Sin embargo, nada mas cierto. Este año se habla de grandes conciertos, de festivales extraordinarios por el estilo de los que han tenido lugar para los concursos durante la Exposicion universal, y con este motivo los periódicos musicales hacen la historia de los principales de estos conciertos.

El primero y mas notable de los que mencionan las crónicas tuvo lugar en Alemania, en la ciudad de Dresde, el 13 de julio de 1615, bajo el reinado del elector Juan Jorge.

Era una especie de oratorio, ó llámese ópera, que tenía por tema la historia de Holofernes, muerto por Judit, y la victoria de los israelitas sobre los asirios. La letra era de un poeta llamado Pflaumenkern, nombre poco poético en alemán, puesto que significa hueso de ciruela, y la música de un sochantre de la corte, de no menos prosaico nombre, puesto que se llamaba Grunkdmaus, es decir, ratón silvestre.

Pero los nombres son lo de menos: lo cierto es que el elector quedó tan enamorado del programa, que regaló al compositor cinco pipas de cerveza y le encargó que fuera una cosa grandiosa, sin reparar en gastos.

Grunkdmaus sin hacerse de rogar, convocó todos los artistas de Alemania, Suiza, Polonia é Italia, y el día antes de la fiesta se encontraban en Dresde 1,493 músicos y cantantes, que con 205 artistas del país, componían la respetable suma de 1,800 ejecutantes.

Se tocaron en este concierto instrumentos desconocidos de una fuerza inmensa. El primer contrabajo era un polaco llamado Rapedzky; para dominar aquel mar de voces, había traído consigo un enorme violon, arrastrado por cuatro caballos, que no media menos de siete varas de altura. Para poder tocar el gigantesco instrumento se le adaptó una escalera de mano, por la que había que subir ó bajar según los casos. Pero en los ensayos generales se vió que era muy débil su sonido.

El sochantre Grunkdmaus ideó otro que encontró sobre el terreno bajo la forma de un molino de viento, entre cuyas aspas extendió gruesas cuerdas que cuatro artistas, colocados en los ángulos, se encargaron de hacer sonar, ras-cándolas con un pedazo de madera dentado.

A un lado de la orquesta había un gran órgano, cuyo teclado movía un músico á puñetazo seco,

Pero lo verdaderamente extraordinario fueron los timbales.

En un principio se pensó que podían servir de timbales dos inmensas calderas de cervecería, pero como el sonido no era bastante fuerte, el elector hizo poner en batería algunas bombardas, que se disparaban por un artillero de la corte cuando lo requiera la partitura.

Los ejecutantes, excitados por la presencia de millares de espectadores, cumplieron como buenos artistas su deber. Muchos cantantes, entre ellos la prima donna Rigazzi, de Milan, hicieron prodigios, y fué tal el celo de algunos otros, que se salió de los límites de lo permitido. Una fuga especialmente fué cantada con tal brio, que los cantantes extranjeros que hacían de asirios fugitivos, y los coristas de Dresde que representaban los israelitas vencedores, en su delirio artístico, se dieron una batalla á pedradas y terrorazos, que hizo reír en grande al elector, pero este hubo de poner fin á la pelea por medio de su guardia, porque á poco mas quedan muertos en el campo.

Ciertamente no esperamos en París tales espectáculos.

Concluamos con una noticia que ha de ser muy del gusto de los parisienses. Los músicos húngaros que han obtenido un triunfo tan grande y tan constante en el café Fanta de la Exposicion universal, tocarán todos los días de la semana en un nuevo café concierto que está para inaugurarse en la calle Lafayette. No es posible pintar el entusiasmo que producen en el auditorio estos inimitables ejecutantes.

MARIANO URRABIETA.

El emperador de Austria en París.

El emperador de Austria salió de Nancy y se dirigió á Meaux, donde fué recibido por el príncipe Joaquin Murat, que tomó asiento en el tren imperial. En esta última poblacion Francisco José dejó el incógnito y se puso la levita blanca, el pantalón azul y el sombrero con penacho de general austriaco, y encima de la levita el gran cordón de la Legion de Honor.

A las tres de la tarde llegó el emperador con los dos archiduques á París, apeándose en la estacion del ferrocarril del Este.

El emperador Napoleon, dice el diario oficial del imperio, acompañado de S. E. el gran caballero general de division Castelnau, ayudante de campo de servicio, se trasladó á la estacion para recibir al emperador Francisco José y á los archiduques sus hermanos.

Hallábase también allí S. A. I. el príncipe Napoleon, los ministros, el mariscal comandante del primer cuerpo del ejército con el general-jefe de estado mayor, Su Excelencia el mariscal comandante en jefe de la guardia imperial, el general de division comandante superior de los guardias nacionales del Sena, un general jefe de una de las brigadas de la primera division con su estado mayor, el prefecto del Sena y el de policía. Veíanse además en la estacion á todo el personal de la embajada de Austria y á considerable número de personas y de señoras.

El emperador de Austria ha sido saludado á su llegada con entusiastas aclamaciones.

Dentro y fuera de la estacion hallábase formados dos regimientos de infantería de línea con bandera y música y un batallón de cazadores de infantería, mandados por el general de division Soumain, gobernador militar de París y jefe de la primera subdivision militar.

Componían el séquito ocho coches de dos caballos cada uno, una compañía del escuadrón de los cien guardias mandada por un teniente á las órdenes del coronel jefe del mismo cuerpo, y un escuadrón del regimiento de carabineros de la guardia imperial al mando de un jefe de escuadrón.

Su Majestad el emperador Francisco José y S. M. el emperador tomaron asiento en el coche imperial, á cuyo estribo derecho iba el coronel, jefe del escuadrón de los cien guardias, y al izquierdo el jefe de escuadrón que mandaba la escolta de carabineros.

Ocuparon el segundo coche SS. AA. II. los archiduques Carlos Luis y Luis Victor, S. A. I. el príncipe Napoleon y S. A. el príncipe Joaquin Murat.

En el tercer coche veíanse á S. E. el conde de Bellegarde, ayudante de campo general del emperador de Austria, á S. E. el príncipe de la Moskowa, á S. E. el baron de Beust y á S. E. el conde de Andrassy.

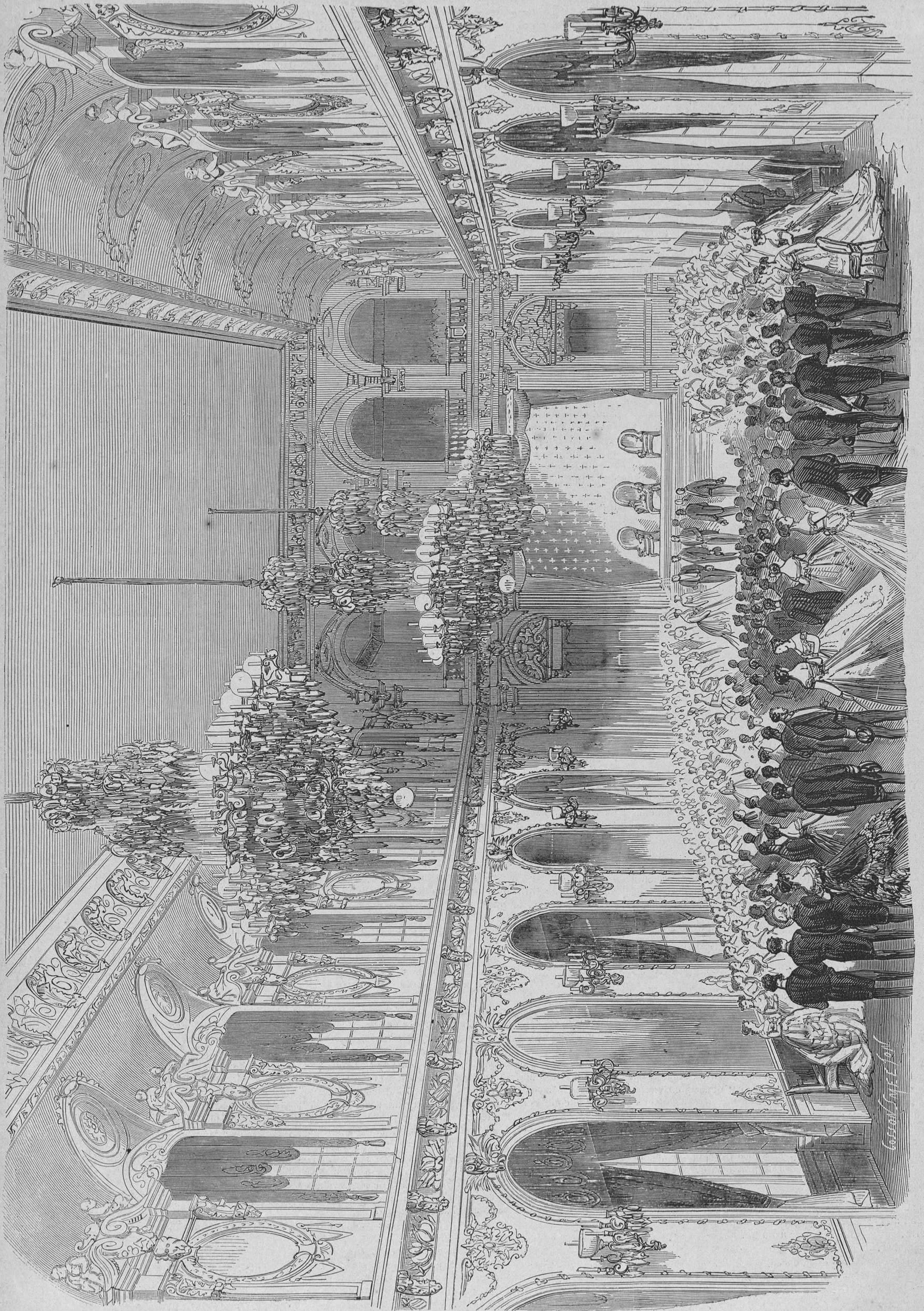
En el cuarto coche iban S. E. el príncipe de Metternich-Winneburg; S. E. el baron de Hornstein, gran mayordomo de palacio del emperador de Austria; Su Excelencia el duque de Gramont y S. E. el general Fleury.

En el quinto coche se hallaban el consejero de Estado el caballero Brunni, el coronel caballero de Beck, el general Castelnau y el conde de Rayneval.

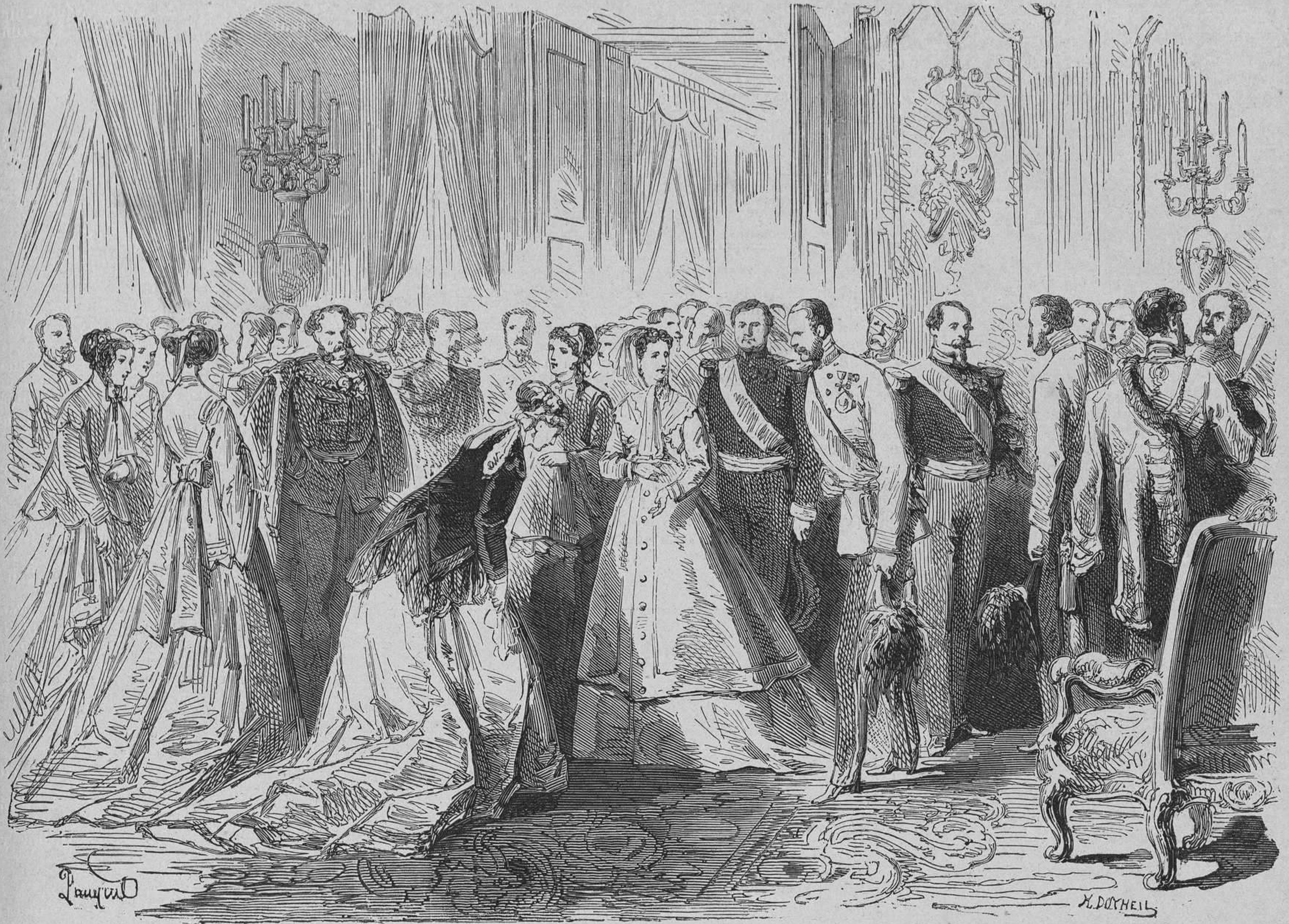
En el sexto coche entraron el coronel Szapary, ayudante de campo del emperador de Austria; el teniente coronel príncipe Liechtenstein, el mayor baron de Fjerrary, ayudante de campo del emperador de Austria y M. Davillier conde Regnault de Saint-Jean-d'Angely.

El sétimo coche estaba ocupado por el mayor príncipe Paar, ayudante de campo del emperador, por el capitán de estado mayor el conde Whull, por el capitán el conde César Walzel y por el capitán de Crény.

Por último, en el octavo coche iban el teniente baron de Kotz, el consejero áulico baron de Genotte, el capitán vizconde de Lauriston y el capitán Lasalle, cerrando



NANCY. — Presentación de señoras al emperador Francisco José, en el gran salon Blanco de las Casas consistoriales.



PARIS. — Instalacion de S. M. el emperador de Austria en el Eliseo. — Presentacion de señoras de la comitiva de S. M. la emperatriz Eugenia.



El emperador Napoleon despidiéndose del emperador Francisco José, despues de su instalacion en el palacio del Eliseo.

do la marcha dos compañías de carabineros de la guardia imperial.

La comitiva se dirigió por el bulevar de Estrasburgo, recorriendo toda la línea de los bulevares hasta la plaza de la Magdalena, la calle Real, la plaza de la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos y la de Marigny, y entrando en el palacio del Eliseo por la verja de honor que da á la calle del Faubourg-Saint-Honoré.

Formados en columna por escuadrones y dando el frente á los Campos Elíseos veíanse en la plaza de la Concordia los dos regimientos de dragones que se hallan de guarnición en París con sus banderas, mandados por el general jefe de la brigada de caballería.

En la avenida de los Campos Elíseos formaban el cordón á ambos lados dos regimientos de la guardia imperial, los cuales ocupaban la avenida de Marigny y la calle del Faubourg-Saint-Honoré, y llegaban hasta la puerta del palacio del Eliseo.

Al pasar la comitiva las tropas presentaron las armas y los tambores tocaron marcha.

Dos compañías á pié del escuadrón de los cien guardias ocupaban ambos lados del exterior del vestíbulo de palacio, y formaban además en el mismo otros cien guardias. A la puerta de la sala de ugieses había centinelas.

Su Majestad la emperatriz, seguida de S. A. el príncipe imperial, saltó al encuentro de SS. MM. el emperador de Austria y el emperador de los franceses y de los archiduques hasta el pié de la escalera.

Acompañábanla SS. AA. II. la princesa María Clotilde Napoleon y la princesa Matilde, SS. AA. el príncipe Luciano Murat y su señora, SS. AA. el príncipe Luciano Napoleon Bonaparte, S. A. la esposa del príncipe Joaquín Murat y SS. AA. el príncipe y la princesa Napoleon Carlos Bonaparte, y precedíanla los grandes dignatarios de la corona, el comandante en jefe de la guardia imperial, el gobernador del príncipe imperial, la gran camarista del cuarto de la emperatriz y el aya de los hijos de la Francia, el ayudante general de palacio y los oficiales y las señoras de la servidumbre de Sus Majestades el emperador la emperatriz.

Sus Majestades y los príncipes y princesas pasaron al salón de honor. S. M. el emperador Francisco José presentó á la emperatriz y al emperador las personas de su séquito, y á su vez la emperatriz presentó al emperador Francisco José las señoras de su servidumbre, y el emperador hizo otro tanto con los grandes dignatarios de la corona y los altos empleados de palacio.

Después de las presentaciones, el emperador y la emperatriz regresaron á su palacio de Saint-Cloud.

Aquella misma noche el emperador Francisco José asistió á la función de la Opera, donde se dió el baile titulado el *Corsario*, con el cuarto acto del *Trovador*.

El 26 por la mañana visita á la Exposición universal y luego en el Eliseo recepción del prefecto del Sena, que venia á convidar al emperador y á sus hermanos á un banquete que daba en su obsequio la villa de París. Hablando en nombre de París, M. Haussmann no podia menos de ser bien recibido: por lo tanto el emperador de Austria aceptó el convite.

Luego Francisco José fué á hacer visitas. Visita al príncipe y á la princesa Napoleon en el Palacio Real; visita á la princesa Matilde; visita á la embajada de Austria, donde todo el personal de la embajada fué presentado á S. M.; después viaje á Saint-Cloud, donde hubo un banquete oficial de ciento cincuenta cubiertos, y finalmente, vuelta á París.

El 25 la fiesta fué militar. El emperador Napoleon pasó revista en honor del emperador de Austria á toda la guardia, á la brigada de reserva, á las tres divisiones de infantería, la de caballería y la artillería del primer cuerpo, y otras tropas que formaban un ejército de cincuenta á sesenta mil hombres.

Una multitud inmensa habia invadido el bosque de Boulogne desde las seis de la mañana y circulaba en torno del perímetro ocupado por las tropas. Cuando llegaron SS. MM. fueron saludados con aclamaciones entusiastas. El emperador Napoleon habia ido á buscar al Eliseo al emperador Francisco José, y se habian dirigido al bosque de Boulogne con los archiduques y el príncipe Napoleon en cuatro carretelas descubiertas á la Dumont.

La emperatriz, con la reina de Holanda y el príncipe imperial con su ayo, tomaron asiento á las dos de la tarde en las tribunas de las carreras de caballos.

Las tropas desfilaron por delante de las tribunas.

Los 40 ó 50,000 hombres de infantería que formaron en la revista, á excepción de cuatro batallones, iban armados de fusiles Chassepot.

Un tiempo magnífico favoreció esta espléndida fiesta militar.

Aquella misma mañana el emperador de Austria habia ido á visitar la Conserjería, la capilla establecida en el calabozo de María Antonieta, y la sala de los Girondinos, y de aquí pasó al museo de antigüedades de Cluny.

El 26 hubo gran cacería en la selva de San German, y el domingo 27, misa celebrada por el nuncio del papa en la elegante capilla del Eliseo, y luego visita al Hotel de los Inválidos.

El 28 fué el gran banquete en el Hotel de Villa. El emperador Francisco José se presentó con el uniforme de general húngaro, dando el brazo á la emperatriz Eugenia, resplandeciente de diamantes. El emperador Napoleon daba el brazo á la reina de Holanda, una nube de tul blanco con bordados azules. No hay para qué decir que la fiesta fué magnífica. Mas el grande, el verdadero interés de la fiesta, héle aquí, á los postres dijo el emperador Napoleon:

« Brindo por la salud del emperador de Austria y de la emperatriz Elisabeth, cuya ausencia sentimos vivamente.

« Suplico á V. M. se digne aceptar este brindis como la exposición de nuestras profundas simpatías por su persona, por su familia y por su país. »

A este brindis, que fué acogido con ardientes aclamaciones, contestó el emperador de Austria con las siguientes palabras:

« Señor:

» Soy bien sensible al brindis que V. M. acaba de dirigir.

» Cuando hace pocos días visité en Nancy los sepulcros de mis antepasados, no pude menos de formar un voto. ¡Ojalá podamos, me dije, enterrar en este sepulcro confiado á la guarda de una generosa nación, todas las discordias que han separado á dos países llamados á marchar juntos en las vías del progreso y de la civilización! (Señales generales de aprobación. — Grandes aplausos.) ¡Ojalá podamos con nuestra unión ofrecer una nueva prenda de esa paz, sin la cual no podrían prosperar las naciones. ¡Bravo, Bravo! ¡Viva el emperador!»

» Doy gracias á la ciudad de París por la acogida que me ha hecho; pues en nuestros días las relaciones de amistad y de buen acuerdo entre los soberanos tienen un doble valor cuando se apoyan en las simpatías y las aspiraciones de los pueblos.

» ¡Al emperador! ¡A la emperatriz! ¡Al príncipe imperial! ¡A la Francia! ¡A la ciudad de París!»

Una doble salva de aplausos acogió estas últimas palabras.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Id directamente á las oficinas de policía, contestó el doctor; yo me quedo aquí.

Y al decir estas palabras, separáronse los dos amigos poseídos de la mas violenta agitacion.

En las orillas del Támesis, cerca de la iglesia de Rotherhithe, en el sitio que el río está rodeado de case- rones arruinados, y donde los barcos están ennegrecidos por el polvo de la hulla y por el humo que se escapa de las chimeneas de las casas, se encuentra en la actualidad la mas miserable, la mas extraña y la mas extraordinaria de las localidades que encierra la ciudad de Londres, completamente desconocida, aun por el nombre, á la mayor parte de los habitantes de la capital.

Para llegar á dicho lugar, necesita el viajero recorrer un dédalo de calles estrechas y fangosas, donde se halla aglomerada la poblacion mas infima y miserable de las orillas del río, y donde no se venden sino objetos necesarios para la clase indigente.

En las tiendas se encuentran amontonados los víveres mas baratos, y en las puertas de las prenderías, ó pendientes de las ventanas, se exponen á la venta ropas de las mas ordinarias. Codeado por obreros sin trabajo de la mas baja condicion, trajineros de carbon, mujeres perdidas, muchachos harapientos, y en fin, por la hez de la poblacion vecina al río, el viajero se abre paso con dificultad, disgustado con aquel espectáculo hediondo, el olor infecto de las estrechas callejuelas que se destacan á derecha é izquierda de la calle principal, y ensordecido por el estruendo de los carros pesadamente cargados. Llegando por fin á calles mas retiradas y solitarias, avanza entre dos líneas de casas cuyas fachadas vacilantes parece que se van á caer, cuyas agrietadas paredes amenazan hundirse, arrastrando consigo las viejas chimeneas, y cuyas ventanas, guarnecidas de barras de hierro, se hallan gastadas por la accion del tiempo. Todo aquello forma el mas triste y desagradable conjunto que se pueda imaginar.

En aquel espantoso barrio, mas allá de Dockhead, en el arrabal de Southwark, se encuentra la isla de Jacob, rodeada de un foso lleno de fango de seis ú ocho piés de profundidad por quince ó veinte de anchura. Este foso, llamado en otro tiempo *Mill-Pond* y conocido ahora con el nombre de *Folly-Ditch*, desemboca en el Támesis, y puede llenarse siempre de agua abriendo las esclusas de *Lead-Mills*. Entonces un observador, colocado en uno de los puentes de madera que se arrojan sobre el foso en *Mill-Lane*, podria ver á los habitantes de las casas apresurarse á sacar el agua con toda clase de utensilios que hacen bajar desde las ventanas; y si la vista se dirige á las casas mismas, crece de punto la admiracion ante el espectáculo que se ofrece á los ojos. A espaldas de algunas de dichas casas se extienden galerías de madera llenas de agujeros á través de los cuales puede verse el agua cenagosa que corre por debajo; en las mugrientas ventanas se ostentan multitud de perchas para secar la ropa; las habitaciones son tan estrechas y sucias que el aire se corrompe al penetrar en ellas; algunos caserones de madera se inclinan sobre el foso como amenazando llenarle con sus escombros, y

todo en fin tiene el aspecto de la mas repugnante pobreza. Tal es el golpe de vista que ofrecen las orillas de *Folly-Ditch*.

L.

En la isla de Jacob, los almacenes están vacíos, y sus paredes se hunden por todas partes; las ventanas han perdido su forma, y las chimeneas no arrojan humo. Hace treinta ó cuarenta años era aquel un distrito muy comercial, pero ya no es mas que un desierto; las casas no pertenecen á nadie y sirven de albergue á los que quieren vivir en ellas. Es necesario tener muy poderosas razones, ó estar reducido al último extremo, para ir á refugiarse ó esconderse en la isla de Jacob.

En una de aquellas casas medio derruidas, cuyas puertas y ventanas estaban atrancadas sólidamente, y que daba por un lado al foso, hallábanse reunidos tres hombres, los cuales se dirigian miradas inquietas, como si esperasen algun grave suceso, sin que ninguno de ellos se atreviera á moverse ni á romper el silencio. Aquellos tres hombres eran Toby Crackit, Chitling, y un ladron de unos cincuenta años, que tenia la nariz partida y el rostro desfigurado por una gran cicatriz. Llamábase Kags, y era desertor de presidio.

— Al abandonar vuestra huronera porque apretaba el apuro, debísteis haber buscado alguna otra guarida en vez de venir aquí, amigo mio, dijo Toby Crackit dirigiéndose á Chitling.

— Es cierto, dijo Kags; ¿por qué no os habeis ido á otra parte, tonto rematado?

— Créi que se me recibiria mejor, contestó Chitling con aire pensativo.

— Ya veis, jóven, dijo Toby, que cuando se resuelve uno á vivir solo, como yo lo hago, para tener una casa donde nadie pueda meter la cabeza, es muy poco agradable recibir la visita de un jóven de vuestra posicion, por mas que entretenga mucho jugar con vos una partida de naipes.

— Sobre todo, añadió Kags, cuando el que vive así lejos del mundo, tiene en su compañía un amigo que ha llegado repentinamente del extranjero, y es demasiado modesto para pasar su tarjeta á los jueces en el momento de volver.

Hubo un instante de silencio, después del cual, conociendo Toby Crackit la imposibilidad de sostener la conversacion en tono de broma, volvióse á Chitling y le preguntó:

— ¿Cuándo han cogido á Fagin?

— Precisamente á la hora de comer, á eso de las dos y media. Charlot y yo nos pudimos escapar por una chimenea; Bolter se escondió, pero le encontraron y fué cogido como el judío.

— ¿Y Betty?

— ¡Pobre Betty! murmuró Chitling con aire de tristeza; fué á ver el cadáver, y al salir como una loca, gritando y dándose golpes, la cogieron y se la llevaron al hospital.

— ¿Y Charlot Bates? preguntó Kags.

— Está merodeando por los alrededores para dar tiempo á que llegue la noche; pero bien pronto estará aquí. No se puede ir á otra parte, pues en la taberna de los Tres Cojos detienen á todo el mundo, y hay esbirros hasta en el mostrador. Yo mismo los he visto con mis propios ojos.

— Eso es diabólico, observó Toby mordiendo las labios; mas de uno va á caer esta vez.

— Ya están instruyendo la causa, dijo Kags; si van con actividad, y si Bolter acusa á Fagin, como no dejará de hacerlo, resultará la prueba de la complicidad del judío, dictarán la sentencia el viernes, y dentro de seis días le harán bailar, ¡pardiez!

— ¡Si hubiérais oído gritar á la multitud! dijo Chitling; los agentes de policía se vieron precisados á luchar como diablos para impedir que hicieran pedazos al judío, y hubo un momento en que le derribaron, habiendo sido necesario formar un círculo para abrirle paso. ¡Si le hubiérais visto, cubierto de lodo y de sangre, lanzar en torno suyo miradas de espanto y agarrarse á los agentes de policía como si fueran sus mejores amigos! Aun me parece verle oprimido por todas partes por la multitud furiosa; habia allí hombres que le hubieran despedazado á dentelladas, y yo oí gritos de mujeres que juraban arrancarle el corazón.

Chitling, poseído de espanto al recordar aquella escena, se tapó los oídos y cerrando los ojos, comenzó á pasearse por la habitacion como un hombre que va á perder el juicio.

En tanto que se entregaba á este ejercicio, sin mirar á sus compañeros, que permanecian silenciosos, dejése oír un ruido extraño en la escalera, y el perro de Sikes se precipitó en la habitacion.

Los tres hombres corrieron á la ventana, bajaron la escalera y miraron á la calle; el perro habia penetrado por una ventana abierta, y como no hizo ningun movimiento para seguirles, supusieron que su amo no iba con él.

— ¿Qué significa esto? exclamó Toby cuando hubieron vuelto á la habitacion; no es posible que venga aquí, yo... yo espero que no vendrá aquí.

— Si hubiese de venir, ya habria venido con el perro, dijo Kags inclinándose para examinar al animal que se habia echado al suelo sin aliento. Mirad, dadle un poco de agua, porque está fatigado de tanto correr.

— ¡Ved! no ha dejado una gota, añadió Kags después de mirar un momento al perro; está cubierto de lodo, debe haber corrido mucho.

—¿De dónde vendrá así? dijo Toby Crackit; sin duda ha estado en los otros puntos, y no hallando mas que desconocidos, habrá venido aquí, como ha hecho ya otras veces. Pero ¿dónde se habrá separado de su amo, y por qué llega solo?

—No es posible que se haya matado, dijo Chitling, sin atreverse á pronunciar el nombre del asesino. ¿Qué os parece?

Toby se encogió de hombros.

—Si se hubiera matado, replicó Kags, el perro habría tratado de conducirnos al sitio donde estuviese el cadáver de su amo. No, yo creo mas bien que habrá hallado medio de abandonar el país y que ha dejado á su perro de un modo ú otro; á no ser así, no estaría el animal tan tranquilo.

Esta suposición, que parecia la mas probable, fué adoptada sin replicar; el perro, deslizándose bajo una silla, se colocó cómodamente para dormir, y nadie volvió á ocuparse de él.

Llegada la noche, se cerraron bien las ventanas y se encendió una luz, que se puso sobre la mesa. Los terribles sucesos de los dos últimos dias habian producido en nuestros tres individuos una impresion profunda, acrecentada aun por el peligro y la incertidumbre de su posición. Sentáronse unos junto á otros, estremeciéndose al menor ruido, y comenzaron á hablar en voz muy baja; al verlos tan aterrados, hubiérase creído que el cadáver de la mujer asesinada estaba en la habitación inmediata.

Hacia algun tiempo que estaban en aquella actitud, cuando de repente llamaron á la puerta con golpes precipitados.

—Es el jóven Charlot, dijo Kags, dirigiendo á su alrededor una mirada de cólera, para cobrar ánimo.

Llamaron de nuevo... no era Charlot... nunca llamaba de aquel modo.

Crackit se acercó á la ventana, inclinóse para mirar y dió de repente un salto hácia atrás; no era necesario preguntar quién era, el pálido semblante de Crackit lo decia bastante. En el mismo momento levantóse el perro y corrió hácia la puerta gruñendo.

—Es preciso abrirle, dijo Toby tomando la luz.

—¿Es absolutamente preciso? preguntó el otro con voz ahogada.

—Sí, es necesario dejarle entrar.

—No nos dejéis en la oscuridad, dijo Kags tomando una vela de la chimenea y encendiéndola con manos tan temblorosas que llamaron otras dos veces antes que hubiese concluido.

Crackit bajó á abrir, y volvió á entrar acompañado de un hombre cuyo semblante estaba casi enteramente oculto por un pañuelo. Al quitársele, viéronse unas facciones lividas, ojos hundidos, megillas cóncavas y una espesa barba. Aquello no era ya mas que la sombra de Sikes.

Puso la mano sobre el respaldo de una silla que estaba en medio de la habitación, pero se estremeció en el momento de sentarse; entonces, acercando la silla á la pared, sentóse con lentitud.

No se habia hablado una palabra; Sikes miró inquieto á los tres hombres, que se volvian con espanto al encontrar su vista; cuando al fin rompió el silencio con voz sorda, todos se estremecieron; nunca habian oido semejante acento.

—¿Cómo ha venido ese perro? preguntó.

—Solo hace tres horas que está aquí, le contestaron.

—El diario de la tarde dice que han cogido á Fagin; ¿es verdad ó falso?

—Completamente cierto.

Nuevo silencio.

—¿Que el diablo os lleve á todos! exclamó Sikes pasándose la mano por la frente. ¿No teneis nada que decirme?

Todos se miraron con inquietud y nadie contestó.

—Vos, que estais aquí en vuestra casa, dijo Sikes dirigiéndose á Crackit, ¿teneis intencion de entregarme, ó me dareis asilo hasta que pase la tormenta?

—Podeis permanecer aquí si os creéis seguro, repuso Toby despues de vacilar un poco.

Sikes dirigió lentamente sus miradas á la pared en que se reclinaba, y tratando de volver la cabeza, mas bien que volviéndola realmente, murmuró:

—¿Y el cadáver... le han... enterrado?...

Todos hicieron una señal negativa.

—¿Y por qué no le han enterrado? preguntó Sikes mirando de nuevo á la pared; ¿á qué dejar á la vista esos miserables despojos?... ¿Quién llama de ese modo?

Crackit salió haciendo un gesto que indicaba que nada habia que temer, y volvió á entrar seguido de Charlot Bates. Sikes estaba sentado enfrente de la puerta, de manera que á él fué á quien primero vió el recién llegado.

—¿Toby! exclamó Charlot retrocediendo horrorizado; ¿por qué no me lo habeis dicho abajo?

Habia sido tan siniestra la acogida de los tres primeros interlocutores, que el asesino, queriendo grangearse el favor de Charlot, hizo ademán de ofrecerle la mano.

—Dejadme pasar á otro cuarto, dijo el jóven retrocediendo.

—¿Cómo! Charlot, dijo Sikes, ¿acaso... no me reconoces?

—No os acerqueis á mí, contestó el jóven mirando al asesino con horror; ¡no os acerqueis, monstruo!

Detúvose Sikes, y los ojos de ambos se encontraron; pero el asesino no pudo sostener la mirada y bajó la vista.

—Sed testigos los tres, exclamó Charlot, cerrando el puño y animándose cada vez mas, sed testigos los tres.

de que no le tengo miedo... Si vienen á buscarle aquí, le denunciaré; si, le denunciaré. Atended á lo que os digo: él podrá matarme, si quiere ó se atreve; pero si me encuentro aquí cuando venga la policia, le entregaré... Si, le entregaré aun cuando sepa que van á quemarle á fuego lento. ¡Al asesino! ¡socorro! Si hay entre vosotros alguno que tenga corazon, que me secunde. ¡Al asesino! ¡socorro! ¡muerte al asesino!

Y lanzando estos gritos, acompañados de gestos furiosos, Charlot se arrojó, él solo, sobre el robusto Sikes, de una manera tan imprevista y resuelta, que le hizo caer pesadamente á tierra.

Los tres espectadores de aquella escena quedaron estupefactos, y no intervinieron en la lucha. Charlot y Sikes rodaron por el suelo, y el primero, lejos de intimidarse por los golpes que llovian sobre él, agarrábase con fuerza á la ropa del asesino, y trataba de cogerle por el cuello, sin dejar de pedir socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

La lucha sin embargo era demasiado desigual para que durase mucho tiempo. Sikes tenia debajo á su adversario, é iba á aplastarle bajo sus piés, cuando Crackit le asió del brazo con aire espantado y le señaló la ventana.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las novedades del invierno. — El color Bismark derrotado por el granate, oscuro. — Las confecciones de gran dimension y el paletó corto. — Las salidas de baile. — La polaca. — Vestidos de la estacion. — Trajes cortos y largos. — La polaca aplicada á los vestidos. — Descripción del figurin que acompaña á este número.

Las modistas de Paris se disponen á recibir al invierno, á ese temible señor que trae en pos de sí el hielo, las nieves y esos formidables vendavales que arrojan á lo lejos las hojas bajo las cuales cantaron los ruiseñores.

El color Bismark tiene ya un rival que ha sido adoptado desde luego por la elegancia parisiense: es un granate oscuro que sienta divinamente, porque da un realce extraordinario á la blancura del cutis.

Las señoras que siguen las modas rigurosamente, y sobre todo las que quieren tomar la iniciativa de sus transformaciones, deberán adoptar las grandes confecciones y abandonar el paletó corto.

En este ramo hay abrigos preciosos, en los cuales mediante una pasamanería perlada de azabaches, se trazan contornos de distintos géneros, simulando berta, chal ó capuchon.

Entre los modelos de faye distinguimos un bonito paletó de terciopelo negro, con sub-manga de raso color de violeta, toda ella perlada de azabache.

Otro de faye tambien, lleva sub-mangas de raso negro cubiertas de arriba abajo de brazaletes de terciopelo negro, de 3 centímetros de ancho.

En torno de este modelo, sesgo de raso rodeado de terciopelo negro.

En cuanto á salidas de baile tenemos la *bleutine* de cachemira blanco, que cae muy larga por detrás, donde forma tres puntas, en cada una de las cuales se pone una florilla azul recortada de faye blanca.

En las tres puntas borlas de seda blanca.

Delanteros cortados en dos puntas.

Otra prenda para vestir es una polaca de faye granate, adornada con recortaduras negras de raso.

Al borde de este abrigo banda de astrakan de 3 centímetros de anchura.

Mangas dobles.

La primera baja hasta la mitad de la prenda, y se forra de raso blanco cruzado de terciopelo granate.

La segunda manga es de terciopelo granate ó negro, segun se quiera.

La polaca en boga actualmente es una basquiña cerrada; regularmente se corta del bajo el paño que forma el medio del delantero en delantal marquesa bien redondeado, que se guarnece con un encaje Chantilly.

Por detrás, y en mayor anchura, paño redondeado igualmente.

La polaca reemplaza perfectamente una confeccion, y se lleva con toda especie de falda de cola, lo que permite variar los trajes.

Tratemos de los vestidos.

Para la estacion en que vamos á entrar hay dos clases de trajes, el corto, que es tan cómodo en Paris cuando hace mal tiempo, y el de falda larga.

Las telas escocesas vuelven á estar en moda. Los cuadros son de un tamaño ordinario.

Con estas telas se hacen vestidos enteros, guarniciones ó sub-faldas con falda lisa encima.

Hemos visto un traje compuesto de una sub-falda escocesa corta, recortada por abajo á pequeñas ondas puestas sobre sesgos de tafetan verde.

La segunda falda es negra, de tela de lana y seda fantasia, mas larga por detrás y guarnecida con un ancho terciopelo negro, recortado por arriba á ondas menudas.

Mangas largas orladas de terciopelo y sub-mangas escocesas. Cuerpo negro abierto en forma de corazon, muy ensanchado, sobre un plastron escocés.

Por detrás caen dos largas puntas con vueltas forradas de escocés.

La abertura en corazon, así como estas puntas, está adornada de terciopelo negro.

Otro traje se compone de una primera falda de cola, de faye Bismark, color oscuro, guarnecida de sesgos de seda color de oro, puestos de lado unos junto á otros.

Segunda falda, ó por mejor decir, polaca de *veloutine* matizada de oro, y tambien de color Bismark aunque mas oscuro. Sobre los lados un cordón Bismark y oro, de gruesas borlas, parece que sostiene la *veloutine*.

Cuerpo de faye Bismark, dependiente de la primera falda y guarnecido arriba y abajo de las mangas con cinco sesgos de tafetan dispuestos en la sisa y en el puño.

La polaca se abre á voluntad por delante, y entonces forma solapas que están forradas de la misma *veloutine* matizada de oro.

Las mangas de la polaca son de color Bismark, con aplicacion de guipure por abajo.

Otro traje se compone de una primera falda de faye gris, guarnecida en el bajo con un volante, mitad raso granate y mitad gris, formada por grupos de cinco pliegues grises separados tres pliegues de raso granate.

De arriba abajo, en medio del delantero, lazo de raso granate.

Segunda falda, llamada túnica, de faye granate, adornada á lo largo de cada costura de los paños con una banda de raso granate, con franja de seda por abajo.

Esta túnica se separa por delante en forma de delantal redondeado por los lados, y forma cola por detrás.

Cuerpo de plastron gris por delante: la espalda y los lados del delantero son de faye granate; todas las costuras de la espalda y los bordes del cuerpo granate están ribeteados de sesgos muy estrechos de raso granate.

Sub-mangas grises justas, adornadas en la sangría con cinco pompones de raso granate.

Manga perdida de faye granate, cortadas al sesgo, con sesgos de raso.

La confeccion que se lleva con este traje, se elige sin mangas, como las nuevas rotondas indias.

Por último, otro traje no menos elegante es de faye Bismark en la primera falda y de faye azul oscuro en la segunda.

En el bajo de la primera falda, rosetas de raso azul, del medio de las cuales se escapa una franja musgo de seda Bismark de 10 centímetros de largo.

Cada costura de los paños de la segunda falda está adornada con una cresta de raso azul que se abrocha sobre el otro paño correspondiente por medio de botoncitos de faye Bismark.

Por delante la segunda forma por abajo delantal marquesa y por detrás tres puntas; en torno de la una ó de la otra, sesgos de raso azul sembrado de botones lisos de faye.

Cuerpo de faye color Bismark.

Corselete de faye azul, recortado por arriba á ondas agudas, de raso azul.

Mangas justas de faye Bismark, guarnecidas sobre el lado por una doble cresta azul, que tiene en el medio una hilera de botones color Bismark.

El figurin que acompaña al número 773 lleva una descripción equivocada en el artículo de Modas. Hé aquí la que le corresponde:

La primera figura lleva un vestido de tafetan violeta con falda de larga cola adornada con un gran volante fruncido, sobre el cual hay una ruche de tafetan violeta, color mas pronunciado. Cuerpo de escote cuadrado sobre otro abullonado de tul, adornado con una doble lista violeta que se apoya en un rico punto de Inglaterra. Mangas cortas muy huecas, separadas con cintas de tafetan violeta. Cinturon de tafetan violeta. Tocado de cinta violeta y guante de cabritilla.

El segundo traje es de poul de seda blanco. Falda sesgada y orlada en el bajo con una ruche de tafetan maiz. Corselete-cinturon de tafetan maiz sostenido por tirantes de tafetan recortado, formando una ruche que sigue tambien el contorno superior del corselete. Grueso lazo y dobles puntas sesgadas sobre el lado. Cuerpo blanco medio escotado con mangas cortas huecas, sostenidas con una cinta maiz. Tocado compuesto de una joya artística, y guante de cabritilla.

La descripción del figurin que acompaña á este número es la siguiente:

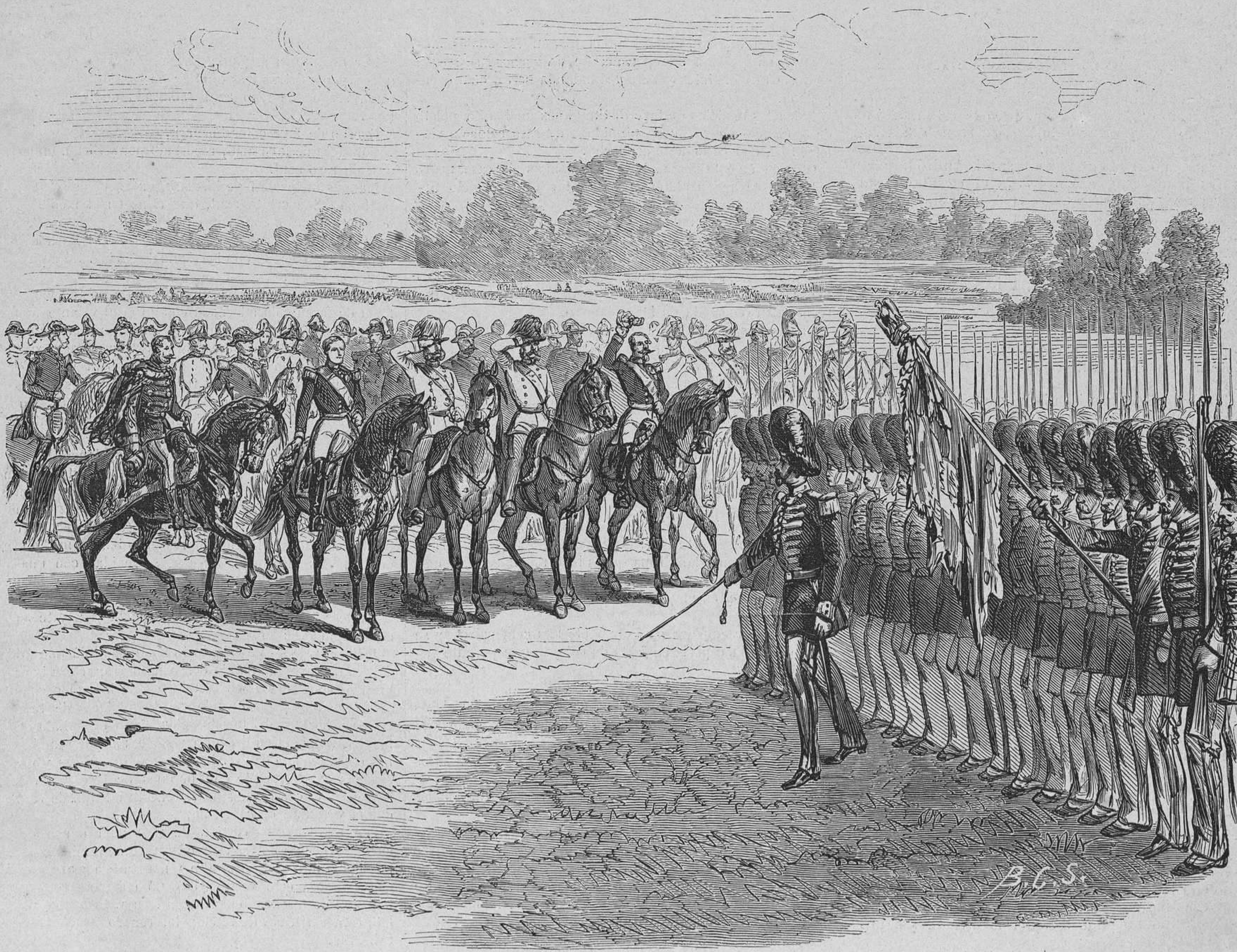
Primer traje.— Vestido corto compuesto de una falda de debajo de popelina dalhia dentada en la orla por hileras sobrepuestas. Falda de encima de pañete blanco cachemira á grandes ondas y guarnecida con tres hileras de terciopelo dalhia y borlitas del mismo color. Casaca ajustada de paño blanco, recogida en draperia y sostenida por grandes botones de terciopelo dalhia. Las mangas son justas y van abotonadas exteriormente con botones de terciopelo. Cuerpo alto cerrado con los mismos botones. Cinturon de terciopelo dalhia y guante de cabritilla.

Segundo traje.— Vestido de raso azul nuevo de larga cola guarnecido en toda su altura con grandes botones de terciopelo negro. Cuerpo alto y manga lisa y angosta. Para acompañar á este vestido hay un corselete con un gran cinturón de terciopelo negro con franja. El borde del corselete está ribeteado de terciopelo. Tocado azul y guante de cabritilla.

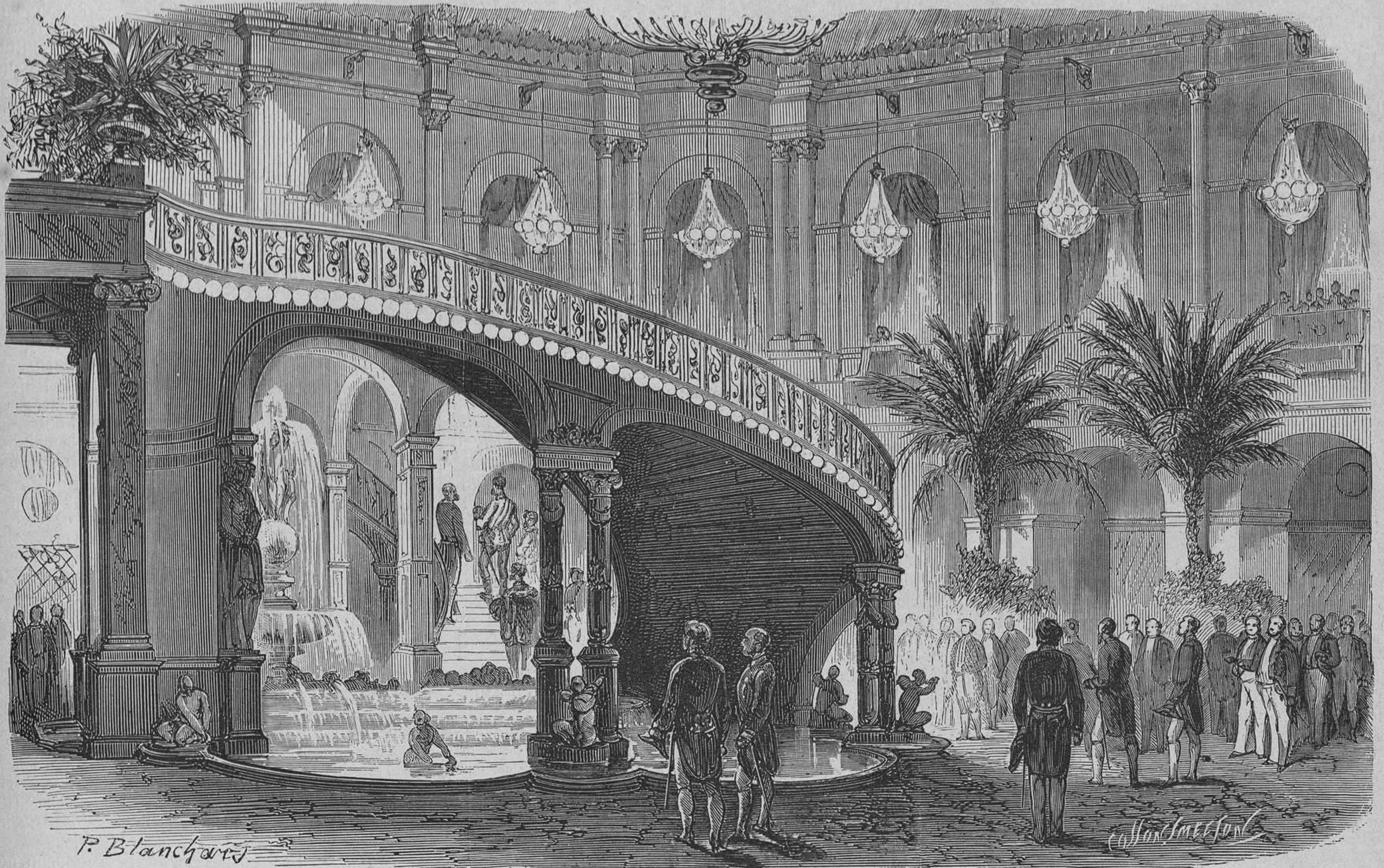
M. P.



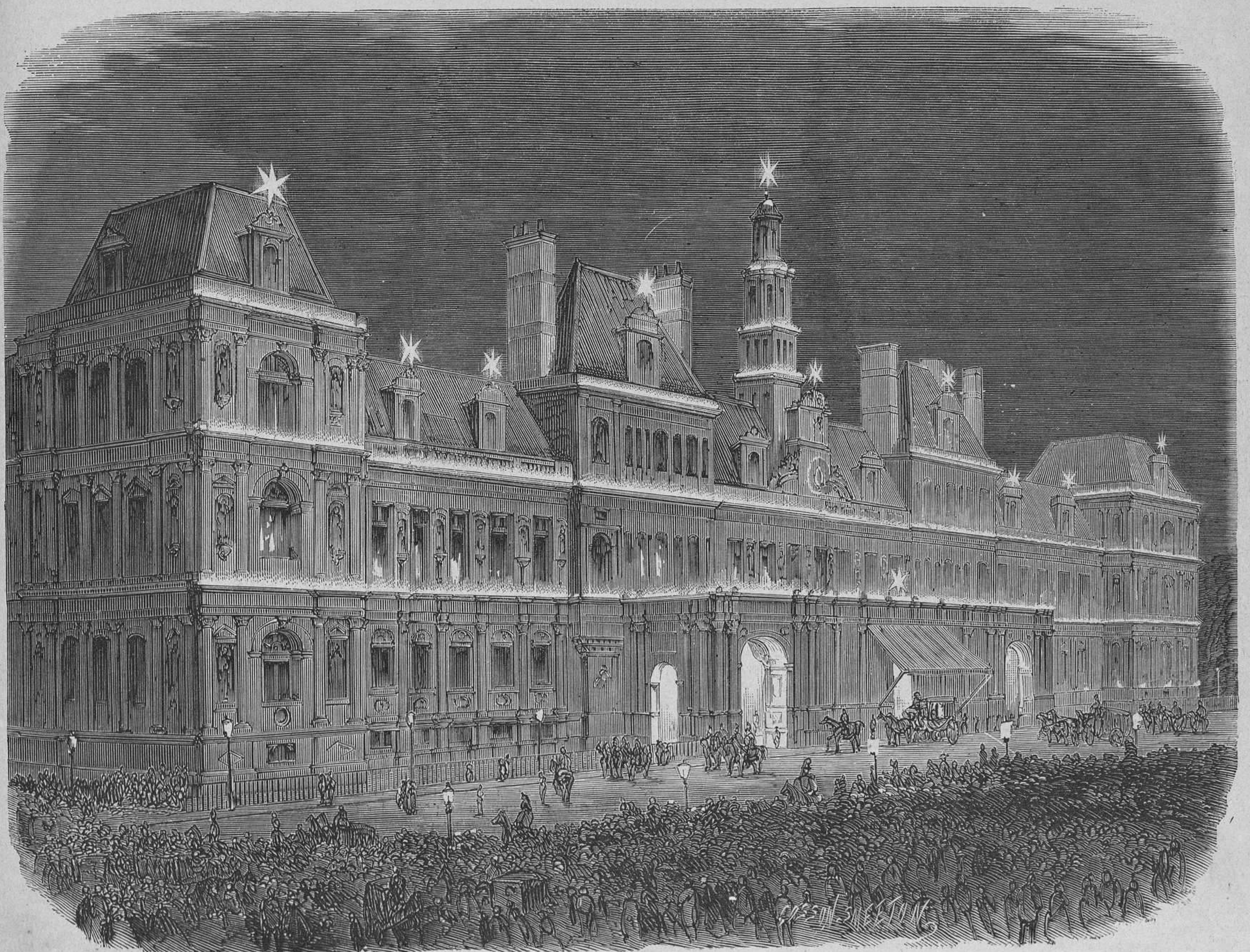
PARIS. — Banquete en Saint-Cloud en honor de S. M. el emperador de Austria.



Episodio de la revista pasada en honor de S. M. el emperador de Austria. — El saludo de una bandera condecorada.



Fiesta del Hotel de Villa de Paris, dada al emperador Francisco José. — Su Majestad dirigiéndose al salon por la escalera de honor.



Iluminacion del Hotel de Villa

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

¿Habria tal vez él, un hidalgo, un noble, á trueque de un beneficio ilícito, perjudicado derechos fundados y legítimos? ¿habria tenido complicidad en un fraude? ¿habria recibido el precio de una mala accion?

Estos pensamientos abrumaban un alma tan noble é íntegra. Se paseaba por la habitacion en todas direcciones; de repente se abalanzó á su escritorio para poner bajo sobre aquella infame ganancia, para desembarazarse de ella á cualquier precio y descargar su conciencia de una mancha tan horrible.

Pero con gran espanto suyo, se apercibió que no le quedaba mas que una pequeña parte de aquel excesivo beneficio, y sentándose al lado de su mesa-escritorio ocultó el rostro entre las manos y quedó como petrificado.

Notaba que en su interior habia sufrido notablemente alguno de sus órganos, lo sentia, y tenia el pesar de que esto no fuera para siempre. Se levantó violentamente, tiró con fuerza del cordon de la campanilla y mandó á buscar á Ehrental.

La casualidad hizo que este hubiese emprendido un viaje. En este intervalo, resonó en el corazon del baron una de esas voces insinuantes que por medio de expresiones prudentes y hábiles, saben presentar con bellos colores uno de los cuadros mas espantosos. ¡Cuán loco era en angustiarse de aquel modo!

De uno á otro extremo del rio habia centenares de comerciantes que negociaban en maderas y era de todo punto inverosímil que el que habia hecho bancarrota fuera precisamente con quien habia tratado Ehrental. Y aun en este caso ¿cuál era la falta del baron en todo este negocio, ni tenia la culpa Ehrental si el vendedor se habia valido de un ardid para defraudar á sus acreedores?

La compra se habia hecho de buena fe y con toda legalidad.

Este era el lenguaje que usaba constantemente el baron para persuadirse á sí mismo, costándole mucho trabajo tranquilizarse y hacer que penetraran estas palabras en lo íntimo de su corazon.

Ehrental regresó al fin y se apresuró á corresponder á la invitacion del baron, que corrió á su encuentro con una impetuosidad que asustó al agente.

— ¿Cómo se llama el sugeto á quien comprásteis las maderas? preguntó el baron con vehemencia, aun antes de que Ehrental hubiese pasado la puerta.

Ehrental estaba consternado. El tambien habia leído el periódico y sabia lo que pasaba en el ánimo del baron, por lo que improvisó un nombre cualquiera.

— ¿Dónde comprásteis las maderas? fué la segunda pregunta que hizo el baron algo mas tranquilo.

M. Ehrental contestó el nombre del primer pueblo que se presentó á su imaginacion.

— ¿Es verdad lo que me decis? preguntó en tercer lugar el baron respirando con mayor libertad.

Ehrental, reconociendo que tenia que habérselas con un enfermo, guardó con él los miramientos de un médico.

— Pero por favor, señor baron, ¿por qué os dais tanta pena? dijo moviendo la cabeza; yo creo que el hombre con quien he tratado no ha perdido en el negocio. Ha habido muchas demandas de madera de encina; en estos abastecimientos el que se encuentre en un extremo del rio puede ganar osadamente ciento por ciento y yo creo muy bien que él lo habrá ganado. El negocio que yo he tratado con él ha sido bueno y seguro, y es del número de aquellos que un negociante jamás los rehúsa. Y aun cuando ese hombre hubiese sido un bribon, decidme, señor baron, ¿en qué puede comprometeros? Yo no tengo ningun motivo que me obligue á ocultaros el nombre del vendedor ni el lugar de su residencia; yo no he dicho nada sobre este particular, porque soy yo solo el que he hecho el negocio al cual sois completamente extraño. He sido vuestro deudor y os he devuelto vuestro dinero con un derecho de comision. Esta ha sido buena, convengo en ello; pero despues de muchos años me habeis dado mucho á ganar, y ¿por qué en estas circunstancias no os habia de dar la preferencia y proporcionaros el beneficio que hubiera reportado cualquiera otro? ¿A qué conduce atormentar vuestro espíritu por cosas que no existen?

— ¡No teneis conocimiento de nada, Ehrental! dijo el baron algo tranquilo. Estoy muy satisfecho de saber que ello es así. Si el tunante en cuestion hubiese sido el hombre con quien habeis tratado, hubiera roto todas mis relaciones con vos, y no os hubiera perdonado jamás el haberme hecho, á mi pesar, cómplice de un fraude.

Ehrental fué despedido y el baron se sintió libre de un gran peso. Resolvió informarse con mayor exactitud, del supuesto nombre del comerciante y del de la aldea desconocida, pero no hizo nada de esto; los tormentos que habia sufrido hacian tan penoso el recuerdo de este asunto, que se esforzó para no acordarse jamás de él.

Era bueno, lleno de honradez y delicadeza, y Ehrental tenia formada de él esta opinion, por lo que al bajar la escalera, murmuraba entre sí:

— ¡Qué bueno es el baron! ¡qué bueno!

VII.

Antonio habia sido colocado bajo la direccion comun de M. Jordan y de M. Pix, y tuvo ocasion de convencerse muy pronto de que era miembro de un gran cuerpo del estado.

Lo que las gentes designan muy superficialmente con el nombre de dependientes, representaba para él, que estaba iniciado en el orden gerárquico de la casa, funciones y dignidad muy diversas y en parte muy importantes.

El tenedor de libros, M. Liebold, como ministro secreto de la casa tenia su trono en una ventana del segundo despacho, y ejercia su poder en medio de una profunda soledad y en una actividad misteriosa.

Ocupado siempre en hacer anotaciones en un gran libro, y abismado en sus cálculos, rara vez levantaba la vista, y esto tenia lugar únicamente cuando un gorrion iba á pararse en la baranda de su ventana, ó bien cuando un pasajero rayo de sol doraba una esquina de la misma.

M. Liebold sabia muy bien, segun las leyes invariables de la naturaleza, que aquel rayo de sol no podia penetrar en ninguna estancia mas allá de lo alto de la cornisa de la ventana, pero esto no impedia que creyese á aquel astro capaz de alumbrar de improviso el gran libro, así es que le miraba con mirada escudriñadora y desconfiada.

La calma que reinaba en el lado que ocupaba M. Liebold contrastaba singularmente con la agitacion continua que se observaba en el lado opuesto.

Allí era donde encerrado en un recinto particular estaba el segundo dignatario, el cajero Purzel, rodeado de arcas y de cajas de hierro, detrás de una gran mesa de piedra. Sobre esta rodaban y sonaban desde la mañana á la noche los escudos, los ducados y los billetes. El que hubiese querido pintar la figura alegórica de la exactitud debia escoger por modelo á M. Purzel, y para conciliar el traje antiguo con cierta libertad de artista, no habia que hacer mas que dejar caer las medias de M. Purzel por encima de las botas y ponerle una camisa blanca encima de su traje de oficina.

Todo tenia en el ánimo de M. Purzel un puesto fijo é inmutable: primero, Dios nuestro Señor, luego la razon social, el arca grande, la bujía y el candado. Cada mañana despues de haber entrado en su despacho empezaba por coger la creta y trazaba un punto blanco sobre la mesa designando de este modo el punto que debia ocupar el resto del dia.

M. Purzel no era el único empleado de caja: tenia bajo sus órdenes un antiguo servidor de la casa que trotaba durante el dia en todas direcciones, cargado con sacos de dinero, de billetes de banco y bonos del Tesoro. Para rendir homenaje á la verdad, debemos declarar que á este mozo de caja se le veia generalmente por la tarde la cara muy encendida, porque tenia la debilidad de ser muy aficionado al aguardiente anisado.

Pero esta debilidad no ejercia absolutamente ninguna influencia respecto á su honradez y á su serenidad; al contrario el citado defecto aguzaba su imaginacion y su sagacidad, porque jamás se habrán visto tantos bolsillos secretos con botones y hebillas como los que tenia las prendas del traje de nuestro mozo de caja, el cual á cada vaso de licor que apuraba tenia gran cuidado de encerrar los valores que llevaba consigo en su bolsillo mas oculto y misterioso.

En el despacho de entrada, M. Jordan era el primer personaje, el gobernador general de la casa, el jefe de la correspondencia, el primer dependiente investido de amplios poderes, con quien algunas veces consultaba el principal. Continuó siendo para Antonio lo que habia sido desde el primer dia, un fiel consejero, un modelo de actividad y el buen sentido personificado.

De todos los dependientes encargados de la correspondencia y de la teneduría de libros, bajo la direccion de M. Jordan, el mas interesante, sin olvidar al fogoso M. Specht, era M. Baumann, el futuro apóstol de los paganos. Este misionero no era solo un santo, sino tambien un excelente calculista.

Oráculo infalible para todas las reducciones de pesos y medidas, era el que establecia los precios de las mercancías y hacia los cálculos de todos los negocios. Este dependiente hubiera indicado con la mayor precision el modo de contar de los príncipes moros de la costa de Guinea, y cuál era el curso exacto de un escudo de Prusia en las islas de Sandwich.

M. Baumann tenia su cuarto al lado del de Antonio; el buen carácter de este último le gustaba tanto, que al cabo de algun tiempo se unió muy seriamente á él, y le honró algunas veces, por la noche, con sus visitas. En cuanto á los demás, M. Baumann frecuentaba poco su compañía y soportaba estóicamente las burlas respecto á sus futuros planes.

Además, fuera de la casa, la razon social tenia algunas notabilidades. A este número pertenecia el dependiente encargado de los despachos de la aduana, M. Birnbaum, que raras veces se acercaba al escritorio y que no aparecia en la mesa del comerciante mas que los domingos; este hombre exacto mandaba en jefe en el almacén de depósito.

Encargado del despacho en la aduana para el extran-

jero, tenia el importante derecho de firmar bajo el nombre de T. O. Schröeter en los registros de mercancías despachados por la casa. Si alguno merecia el título de representante era este; usaba tambien sin interrupcion levita abotonada como sus amigos los empleados en contribuciones.

Habia allí además el agregado á los almacenajes. Encargado de los seguros y de llevar el registro de los diferentes almacenes de la ciudad, hacia además en los mercados las grandes compras de productos indígenas. M. Balbus, muy pobre para sí mismo, habia recibido una educacion muy limitada y no estaba acostumbrado al trato de gentes, pero el patron sentia por él un afecto particular.

Antonio supo que este empleado mantenía á su madre y una hermana con el producto de su trabajo.

Pero entre todos el que desplegada la mayor actividad con un celo militar y absoluto era M. Pix, el jefe de la seccion en los negocios con las provincias. Su dominio empezaba en la puerta del primer escritorio y se extendia por toda la casa y hasta fuera de la calle.

El era la providencia de todos los comerciantes al por menor de las provincias que tenian cuenta abierta; pasaba á sus ojos por el jefe de la casa, y en cambio les dispensaba el honor de informarse de la salud de sus mujeres é hijos.

Encargado del despacho de las mercancías, tenia bajo sus órdenes cinco ó seis mozos del almacén y otros tantos cargadores; reprenia á los carreteros, conocia á todo el mundo, sabia todo lo que pasaba, y sin embargo siempre estaba atento al desempeño de su cometido; al mismo tiempo que cumplimentaba á una tendera por el alumbramiento de su hija, despedía airosamente á un mendigo importuno, daba órdenes á un mozo y observaba el fiel de una gran balanza.

Como todos los grandes potentados, no podia sufrir ningun género de contradiccion, y sostenia su opinion aun contra la del jefe de la casa con una terquedad que á veces llenaba á Antonio de espanto. M. Pix tenia además como hombre de negocios, dos cualidades de una importancia verdaderamente científica.

A la simple vista de una pequeña muestra de habas de café, indicaba sin equivocarse jamás de qué país procedia. No podia sufrir el mas pequeño espacio vacío en la casa y sus inmediateces.

En cualquiera parte que descubriese un rincon, un retrete, ó un agujero en un sótano, se podia tener la persuasion de que iba en seguida á establecerse en él con sus toneles, sus escaleras, sus cuerdas y todos sus accesorios, y una vez que él y sus gigantescos dependientes se habian instalado en un sitio, ningun poder de la tierra, ni aun el mismo patron les podia desalojar de él.

— ¿Dónde está Wohlfart? dijo M. Schröeter desde la puerta del primer escritorio establecido en el vestíbulo.

— En el desvan, contestó M. Pix con frialdad.

— ¿Qué hace allí? preguntó el patron admirado.

Al mismo tiempo se oyeron en lo alto de la casa voces acaloradas como si disputaran y Antonio bajó los escalones de cuatro en cuatro, seguido por un mozo, cargados los dos de cajones de cigarros. Detrás de ellos venia la tia un poco sofocada y muy irritada.

— No nos quieren allá arriba, dijo Antonio vivamente á M. Pix.

— Sabed que nos persiguen hasta en el desvan de secar la ropa, dijo la tia con igual animacion.

— Los cigarros no conviene que queden aquí abajo, dijo Pix dirigiéndose al patron y á su tia.

— Yo no consentiré que haya cigarros donde está la ropa blanca, exclamó la tia; ningun sitio de la casa está al abrigo de M. Pix que ha hecho colocar cajones de cigarros hasta en los cuartos de las criadas, que se quejan de que no pueden sufrir el olor del tabaco.

— Arriba no hay humedad, dijo M. Pix á su principal.

— ¿No podeis guardar los cigarros en ninguna otra parte? preguntó este con cierta reserva.

— No, es imposible, contestó Pix resueltamente.

— ¿Necesitais efectivamente el desvan, querida tia, para secar la ropa? preguntó finalmente el negociante á la irritada señora.

— Yo creo, contestó en el acto M. Pix, que con la mitad tiene bastante.

— Espero que os contentareis con una parte de él, dijo el negociante sonriendo. Llamad al albañil y que construya inmediatamente un tabique.

— Permitted á M. Pix que ponga una vez los piés en el desvan y estad seguro que no se tenderá mucho tiempo en él la ropa blanca, dijo sollozando la tia ¡ay! estoy demasiado escarmentada.

Para tranquilizarla, le dijo el patron:

— Podeis estar segura que esta es la última concecion que le hago sobre este particular.

M. Pix reia entre sí con aire de triunfo al ver la derrota de la tia, y en seguida que las dos autoridades se retiraron ordenó á Antonio que volviera al desvan con los cigarros.

Pero donde M. Pix se mostraba realmente sublime era cuando sus hombres de confianza, los comisionistas, regresaban momentáneamente de sus correrías.

Entonces todo el consejo de los negocios de provincias se reunia en la parte trasera de la casa, y discutia sobre las noticias que traia cada uno de por sí. En estos momentos M. Pix desplegabá el conocimiento exacto que tenia de todos los comerciantes de la provincia, y del estado de su fortuna, de su carácter, y formulaba en pocas palabras bien pensadas hasta dónde podia ex-

tenderse la confianza y el crédito que debía concederse a las casas de comercio de reducidos capitales.

En seguida se bebía ponche y se jugaba al tresillo, juego al que M. Pix á causa de su espíritu monárquico era muy aficionado, y aun en esto desdenaba toda asociación.

Pero lo que daba mayor autoridad á M. Pix á los ojos de los demás dependientes y de los que le rodeaban, eran dos gigantes de anchas espaldas y fuerza hercúlea, puestos bajo sus órdenes y agrupados al rededor de la gran balanza.

Cuando clavaban los grandes toneles, los hacían rodar y removían bultos que pesaban muchos quintales como nosotros manejaríamos un peso de algunas libras, se representaban á los ojos del nuevo dependiente como los restos de aquel antiguo pueblo, que viejas tradiciones dicen se estableció en el suelo alemán, jugando á la pelota con enormes masas de piedra.

Antonio se apercebía muy pronto de que todos aquellos hombres no pertenecían á una sola y única raza. Había entre ellos seis que eran fuertes y gallardos, de sólida contextura y mas altos que lo regular. Estaban afectos exclusivamente al servicio del almacén y sometidos al negro pincel de M. Pix; algunos vivían en la casa y velaban de noche por turno rigoroso.

Desde las nueve de la noche en adelante, Pluton, perro de Terra-Nova, se colocaba, silencioso, al lado de uno de aquellos gigantes y á la sombra de una de las grandes barricas. Aquellos hombres de fatiga, por altos y fuertes que fuesen, se parecían sin embargo por muchas circunstancias al resto de los mortales.

Había todavía en la casa los cargadores, que formaban una corporación particular y tenían su cuartel general en el depósito establecido en las puertas de la ciudad.

Desde allí trasportaban las mercancías á las grandes casas de comercio, ó bien iban á buscarlas. Estos eran los gigantes mas fuertes y había algunos dotados de una fuerza que no tienen los de ninguna otra corporación.

Muchos negociantes los hubieran tomado á su servicio, pero preferían estar en la antigua casa de Schröeter.

Antes de la presente generación, el jefe de esta casa había sido ya su principal patron, lo que naturalmente había establecido relaciones de clientela entre ellos y la casa de Schröeter. El primer día del año, el negociante recibía las felicitaciones de la corporación, siendo padrino por obligación de todos los hijos que los individuos tuviesen durante el mismo.

El peso de estos niños cansaba el brazo de la comadrona que los presentaba en la pila bautismal y sus grandes cabezas atormentaban de tal manera al sacerdote, que elevaba su voz hasta confundirse con el ruido del trueno para exorcizarlos.

Entre aquellos hombres del delantal de cuero, Sturm era el mas alto, y tan grueso, que evitaba con cuidado pasar por estrechas callejuelas para que su vestido no rozara con ambas paredes.

Cuando había algun bulto muy pesado que sus camaradas no pudieran remover se le llamaba, y entonces apoyando sus espaldas levantaba las mas grandes barricas como sencillos lios de ropa.

Suponian que un día había levantado en el aire un caballo polaco, y M. Specht afirmaba que no había peso en el mundo con el que Sturm no pudiese; su prodigiosa corpulencia tenía por remate una ancha cara, en la que estaba pintada la bondad suma, al mismo tiempo que cierto aire imponente, muy natural en un hombre de su estatura.

Se encontraba en las mejores relaciones con la casa de M. Schröeter, y tenía un hijo único al que profesaba un entrañable cariño.

Habiendo perdido en edad muy temprana á su madre, este niño había sido colocado, por recomendación del padre, en la casa de Schröeter, se puede decir en una posición excepcional. Carlos Sturm era entre los mozos de la casa lo que M. Fink entre los dependientes de mas elevada categoría.

Llevaba, como su padre, delantal de cuero, con su gancho correspondiente, y había conseguido por su propio mérito extender mucho su esfera de actividad. Gozaba de la confianza de todos, conocía todos los rincones y rincónes de la casa, recogía todos los pedazos de bramante, todos los clavos y todas las duelas; separaba á un lado todos los papeles de embalaje, daba de comer á Pluton y ayudaba al criado á limpiar las botas.

Podía indicar con toda exactitud el sitio que ocupaba un barril, el paradero de una plancha y algunos antiguos restos de mercancías.

Cuando se trataba de clavar un clavo, se llamaba á Carlos; se había extraviado un escoplo, Carlos le encontraba; cuando la tía del principal encerraba la provision de jamones y de salchichas para el invierno, era él quien sabía acondicionar mejor tan ricos manjares, y cuando M. Schröeter tenía que encargar una comision que convenia desempeñarla con actividad, Carlos era el mensajero mas seguro y mas ágil.

Esmerado en todo, siempre de buen humor, y no hallando nunca inconvenientes era el favorito de todos. Los cargadores decían al hablar de él *nuestro Carlos* y su padre suspendía muchas veces el trabajo para dirigir con disimulo una mirada de orgullo hácia su hijo.

Solo en un punto su satisfacción paternal no era completa. Carlos no hacia esperar que igualara jamás al autor de sus dias en estatura ni en fuerza.

Era este un guapo jóven de megillas sonrosadas y de cabello rubio y rizado; pero al decir de todos los gigantes, no daba muestras de tener mas que una mediana

estatura, así es que su padre le trataba como una especie de enano y le cuidaba sin cesar: con cierto dolor concentrado prohibía á su hijo que ayudara cuando cargaban fardos pesados, y cuando por un movimiento afectuoso ponía la mano sobre la cabeza de su Carlos, lo hacia con gran tiento, como si abrigara el temor de que las cabezas de los enanos no tuviesen mas espesor que el de una cáscara de huevo y que apretando un poco la de su hijo se rompiese.

— Poco importa lo que pueda aprender el muchacho, dijo Sturm á M. Pix cuando colocó á su hijo en la casa despues de su primera comunión, con tal que sepa ser honrado y activo.

Estas palabras estaban enteramente de acuerdo con las ideas de M. Pix. El padre empezó en seguida sus lecciones conduciendo al hijo á la bodega grande en medio de las cajas de provisiones completamente abiertas.

— Aquí hay almendras, le dijo, y tambien pasas; estas del barrilito son mejores, pruébalas.

— Son excelentes, exclamó Carlos muy gozoso.

— Yo lo creo, lilliputiense. Mira, de todos estos toneles y cajones podrás tomar y comer cuanto te acomode, nadie te reprenderá por eso. M. Schröeter te lo permite, M. Pix lo consiente, y yo no me opongo. Ahora, ten cuidado, rapazuelo, y escucha. Vas á probar cuánto tiempo podrás estar al lado de estos cajones sin tocar á ellos. Cuanto mas resistas mejor para tí. Cuando no puedas aguantar mas, vendrás á encontrarme y me dirás: *Tengo bastante*. Esto no es una orden, es solo una advertencia encaminada á tu bien y por tu honor.

Dicho esto, el padre dejó al niño solo, despues de haber sacado de su bolsillo un reló de triple caja, el cual colocó encima de un cajón á su lado.

— Prueba primero durante una hora, dijo al partir. Si esto no da buen resultado, poca cosa se habrá perdido. Es necesario que esto venga con el tiempo.

El muchacho metió orgullosamente las manos en los bolsillos y se paseó en todas direcciones por entre los cajones. Al cabo de mas de dos horas, volvió al lado de su padre con el reló en la mano, gritando:

— *Ya tengo bastante*.

— Dos horas y media, dijo el viejo Sturm con satisfacción á M. Pix. Muy bien, pequeñuelo. Ahora no tienes necesidad de volver en todo el día á la bodega. Ven acá, ahora vas á abrir esta caja. Aquí tienes para tí este martillo nuevo; ¡cuesta diez gros!

— No vale mas allá de ocho, dijo Carlos examinando el martillo, tú compras siempre muy caro.

De esta manera se hizo la introducción de Carlos en los almacenes de M. Schröeter. Al día siguiente de la llegada de Antonio, Carlos dijo á su padre en el vestíbulo:

— Ha llegado un nuevo dependiente.

— ¿Qué clase de hombre es?

— Lleva levita verde y un pantalon de paño gris bastante ordinario; me ha hablado y parece buen muchacho. Dame tu cuchillo: es necesario que le ponga una percha nueva en su armario.

— ¿Mi cuchillo, arrapiezo? exclamó Sturm en tono de reproche mirando á su hijo, ya tienes el tuyo.

— Está roto, dijo Carlos mostrando descontento.

— ¿Quién lo compró? preguntó Sturm.

— Tú, padre Goliat; era un miserable juguete, bueno solo para un niño de teta.

— Sin empujar yo no podía comprar otro mas fuerte para tu manecita, replicó el padre.

— Ya te veo venir, exclamó Carlos colocándose delante de su padre; si te oyen hablar de ese modo, van creer que yo no soy mas que un escrípulo de hombre, que lleva todavía el pantalon unido á la chupa mostrando por la trasera una cola blanca.

Los cargadores se pusieron á reír.

— No te enojas contra tu padre, dijo Sturm poniendo suavemente la mano encima de la cabeza de su hijo.

— Padre mio, ahí tienes al nuevo dependiente, dijo Carlos examinando á Antonio, el cual, á sus ojos, formaba ahora parte del inventario de la casa.

M. Pix presentó Antonio al gigante y Antonio dijo dirigiéndose á él y mostrando cierta deferencia.

— Soy nuevo en el establecimiento, y espero que cuando el caso lo requiera me ayudéis con vuestros consejos.

— Todo tiene su noviciado, contestó el gigante con dignidad. Aquí teneis á mi hijo, que para no tener mas que un año de aprendizaje no lo hace mal. ¿Vuestro padre no es mercader?

— Mi padre, que no existe, era empleado, contestó Antonio.

— ¡Oh! lo siento mucho, dijo el cargador con aire melancólico. Pero vuestra señora madre debe estar muy contenta...

— ¡Tambien ha muerto! dijo Antonio interrumpiéndole.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! exclamó el gigante aturdido; y pensando en la situación de Antonio, meneó largo rato la cabeza y dijo finalmente á su hijo por lo bajo:

— No tiene madre.

— Ni padre tampoco, repuso Carlos.

— Trátale bien, lilliputiense, dijo el viejo Sturm; tú tambien eres casi huérfano.

— ¡Bah! exclamó Carlos pegando en el delantal del cargador, cuando se tiene un padre tan corpulento, no le faltan á uno cuidados.

— Y tú, ¿sabes lo que eres? ¡un pequeño monstruo! dijo el padre dando martillazos alegremente en los aros de un tonel.

Desde este momento, Carlos mostró grande afecto al nuevo dependiente. Por la mañana, colocaba aparte con un esmero particular las botas de Antonio, en cuyas suelas había estampado el número 14; recosía los botones de sus vestidos, y siempre que Antonio tenía algo que pesar, se apresuraba á prestarle ayuda y ponía los pesos en la balanza.

Antonio correspondía á estos buenos servicios mostrándose muy amable con Sturm y su hijo, teniendo gran gusto en conversar con este jóven tan despejado, el cual no le ocultaba ni sus gustos ni sus deseos.

Tambien cuando se acercaba la Pascua de Navidad, abrió una suscripción entre los empleados en el escritorio, compró con el dinero recogido una caja de buenas herramientas, y con este regalo, hizo á Carlos el mas feliz de todos los mortales.

Antonio estaba tambien en buenas relaciones con todas las personas de la casa. Escuchaba respetuosamente los juicios sensatos y los sabios consejos de M. Jordan, mostraba un celo completo y sincero cerca de M. Pix, se hacia iniciar en las combinaciones políticas de M. Specht, leía todas las relaciones de misioneros que M. Baumann se dignaba confiarle, no pedía nunca anticipos sobre su sueldo á M. Purzel, sabiendo pasar con la reducida pensión que le satisfacía su tutor, y con su aprobacion alentaba algunas veces á M. Liebold á enunciar alguna verdad incontestable, sin dejarle tiempo para contradecirla inmediatamente segun su costumbre.

Estaba perfectamente bien con todo el mundo; no había mas que una persona con la cual no podía entenderse, y esta persona como ya sabemos, era M. Fink.

Una tarde, el escritorio abismado en la semi-oscuridad de los dias de invierno, presentaba un aspecto triste y sombrío: el *tic tac* de un antiguo reló de pared tenía algo de melancólico, y cada vez que se abría la puerta, se esparcía por la habitación una nube de húmeda niebla.

M. Jordan encargó á Antonio el desempeño en otra casa de comercio de una comision cuyo pronto despacho era muy conveniente.

Habiéndose acercado Antonio á la mesa de M. Jordan para recibir una carta, Fink levantó los ojos de su trabajo y dijo á M. Jordan:

— Aprovechando esta ocasion, podeis enviarle de paso á casa del armero para que este desdichado le entregue mi escopeta.

A Antonio se le subió la sangre á la cabeza y dijo precipitadamente á Jordan:

— No me hagais ese encargo, porque no lo cumpliré.

— ¿De veras? preguntó Fink admirado; ¿y por qué no, gallito?

— Porque no soy criado vuestro, contestó Antonio ágridamente. Si me lo hubiésteis suplicado, tal vez por complaceros lo hubiese hecho, pero desde el momento que lo exigis con ese tono de autoridad...

— ¡Imbecil! dijo Fink enojado continuando su escrito.

Todos los del escritorio se habían enterado del insulto; todas las plumas se detuvieron y la vista de todos los dependientes se fijó en Antonio.

Este, vivamente conmovido, dijo con voz algo turbada, pero con los ojos chispeantes:

— Caballero, me habeis insultado; no sufro ofensas de nadie y de vos menos. Esta noche os pediré explicaciones.

— No me gusta andar á palos con nadie, dijo Fink con calma; no soy maestro de escuela y por consiguiente no uso palmeta.

— Basta ya, exclamó Antonio pálido como la muerte; me dareis cuenta de esas palabras.

Y tomando el sombrero, se lanzó fuera de la casa con la carta que le había entregado M. Jordan.

Al salir á la calle caía una de esas menudas lluvias de invierno, de lo cual no se apercebía. Se sentía como anonadado, burlado, injuriado por uno que era mas fuerte que él, herido mortalmente en su amor propio de jóven, el mas justo y legitimo.

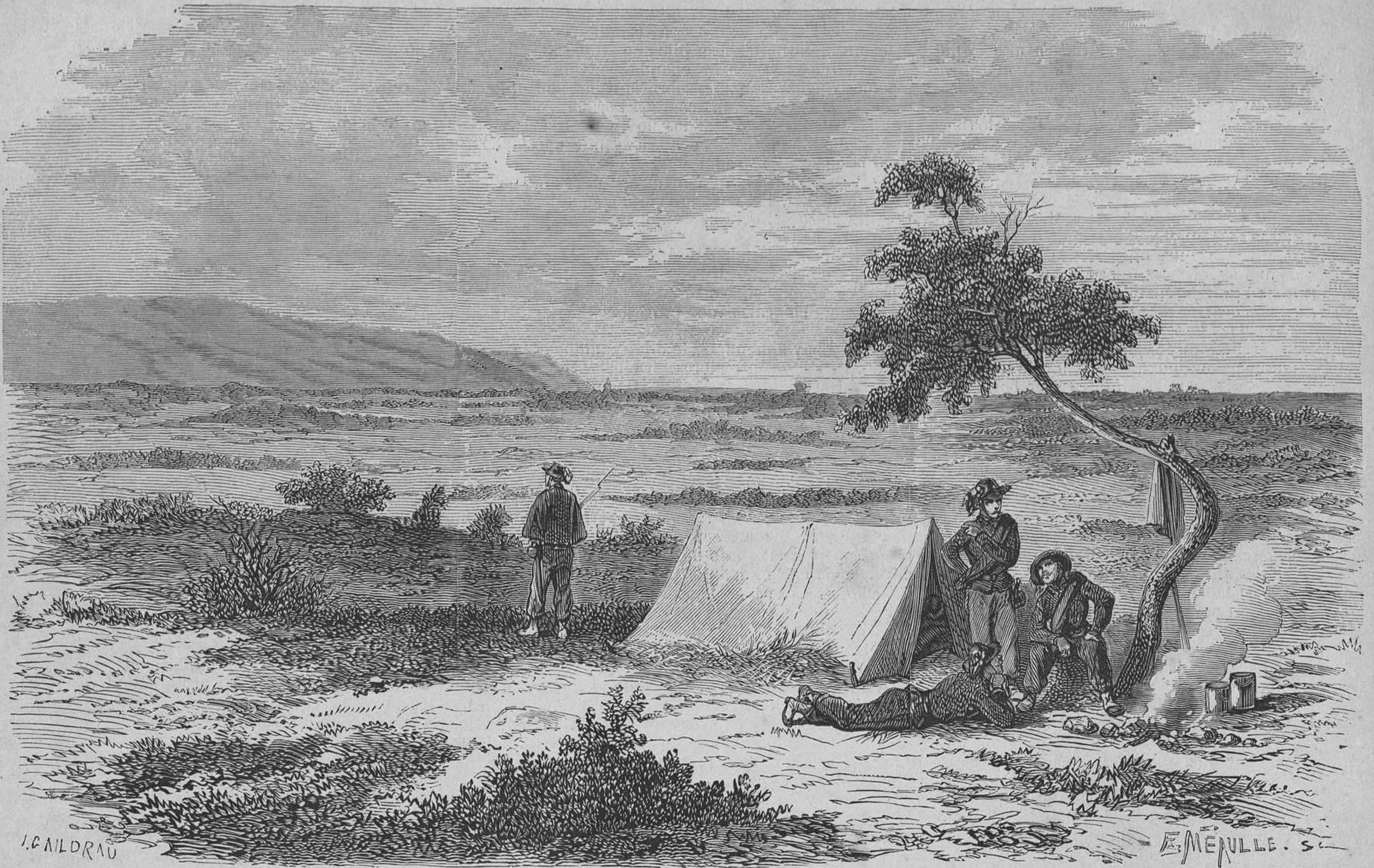
A sus ojos aparecía destruido su porvenir; á cualquier lado que dirigiera su vista veía todas las carreras cerradas para él; se encontraba solo y abandonado en una tierra extranjera.

Experimentaba por Fink un sentimiento de odio y de admiración al mismo tiempo. Despues de un ultraje tan cruel, este último conservaba todo su aplomo y superioridad.

El al contrario se reconocía pequeño y humillado. Su corazón se oprimió y sus ojos se llenaron de lágrimas. De esta manera llegó á la casa para la que estaba encargado de una comision.

El coche de su principal estaba parado delante de la puerta: pasó rápidamente con los ojos inclinados hácia el pecho y le costó trabajo conservar alguna serenidad para ocultar su turbacion en este escritorio delante de personas extrañas.

Al salir encontró en el vestíbulo á la hermana de su principal que se disponía á subir al coche. La saludó y quiso pasar, pero Sabina se detuvo en el vestíbulo y se apercebía de su presencia. Como el lacayo no estaba allí, y el cochero vuelto de espaldas, hablaba desde el pescante con algun conocido suyo, Antonio se acercó, abrió la portezuela y ayudó á Sabina á subir al carruaje. Esta detuvo la portezuela que él iba á cerrar, y viéndole el rostro demudado, le preguntó en voz baja:



Sucesos de Italia. — Piquete de bersaglieri italianos guardando la frontera pontificia, en Maremma.

— ¿Qué teneis, señor Wohlfart?
 — Esto ya se pasará, respondió Antonio apretando los labios inclinándose, y cerró la portezuela. Sabina le miró todavía un instante sin decir palabra, le saludó y se recostó en el interior del coche que partió.

Por insignificante que fuera esta circunstancia, dió sin embargo un curso enteramente distinto á las ideas de Antonio. La pregunta de Sabina y su saludo sirvieron para sacarle de su desaliento. En el gracioso saludo de Sabina se traslucía algun cariño y sus palabras demostraban cierto interés.

La pregunta, el saludo y hasta el insignificante servicio que habia podido prestar á la jóven ama de la casa, todo esto le recordó que era hombre y que no era débil ni estaba abandonado. En la modesta posicion que ocupaba, gozaba de la estimacion de sus superiores, y tenia no solo el derecho sino que estaba en el deber de conservar esta estimacion.

Levantó de nuevo la cabeza; habia tomado ya la resolucion de pasar por todo antes que soportar en silencio la injuria recibida, y levantó la mano en ademán de prestar un juramento.

De vuelta al escritorio, dió escrupulosa cuenta de su comision, y habiéndose colocado silenciosamente en su sitio acostumbrado, se entregó al trabajo sin inquietarse lo mas mínimo por las indagadoras miradas de sus compañeros.

Cuando cesaron las tareas del dia, corrió al cuarto de M. Jordan. Allí encontró á MM. Pix y Specht, animados por el ardor que provoca siempre una escena parecida á la que habia tenido lugar algunos momensos antes, aun entre las personas á quienes no atañe directamente.

Los tres le miraron como se mira comunmente á un pobre diablo victima de su mala suerte, con aire indeciso y embarazado, mezclado con un poco de compasion y menosprecio.

Antonio dijo, con un aspecto que, atendida su poca experiencia en lances de honor, era perdonable:

— He recibido una ofensa de M. Fink, y estoy decidido á no soportar tranquilo esta afrenta. Señores, dijo dirigiéndose á Jordan y Pix, los dos sois mis superiores, y siento hácia vosotros una profunda estimacion; ante todas cosas, deseo saber si estais convencidos de que en este asunto la razon está de mi parte.

M. Jordan guardó prudentemente silencio, pero M. Pix encendiendo resueltamente un cigarro, y sentándose en la canasta de la leña que estaba cerca de la estufa, contestó del modo siguiente:

— Wohlfart, sois un buen muchacho y Fink os ha faltado, esta es mi opinion.

— Esta es tambien la mia, dijo M. Specht.

— Habeis hecho muy bien en dirigiros á nosotros, añadió Jordan; el negocio espero que podrá arreglarse. Fink frecuentemente es brusco y hasta brutal, pero tiene buen fondo.

— Yo no veo, á menos de dar los pasos necesarios,

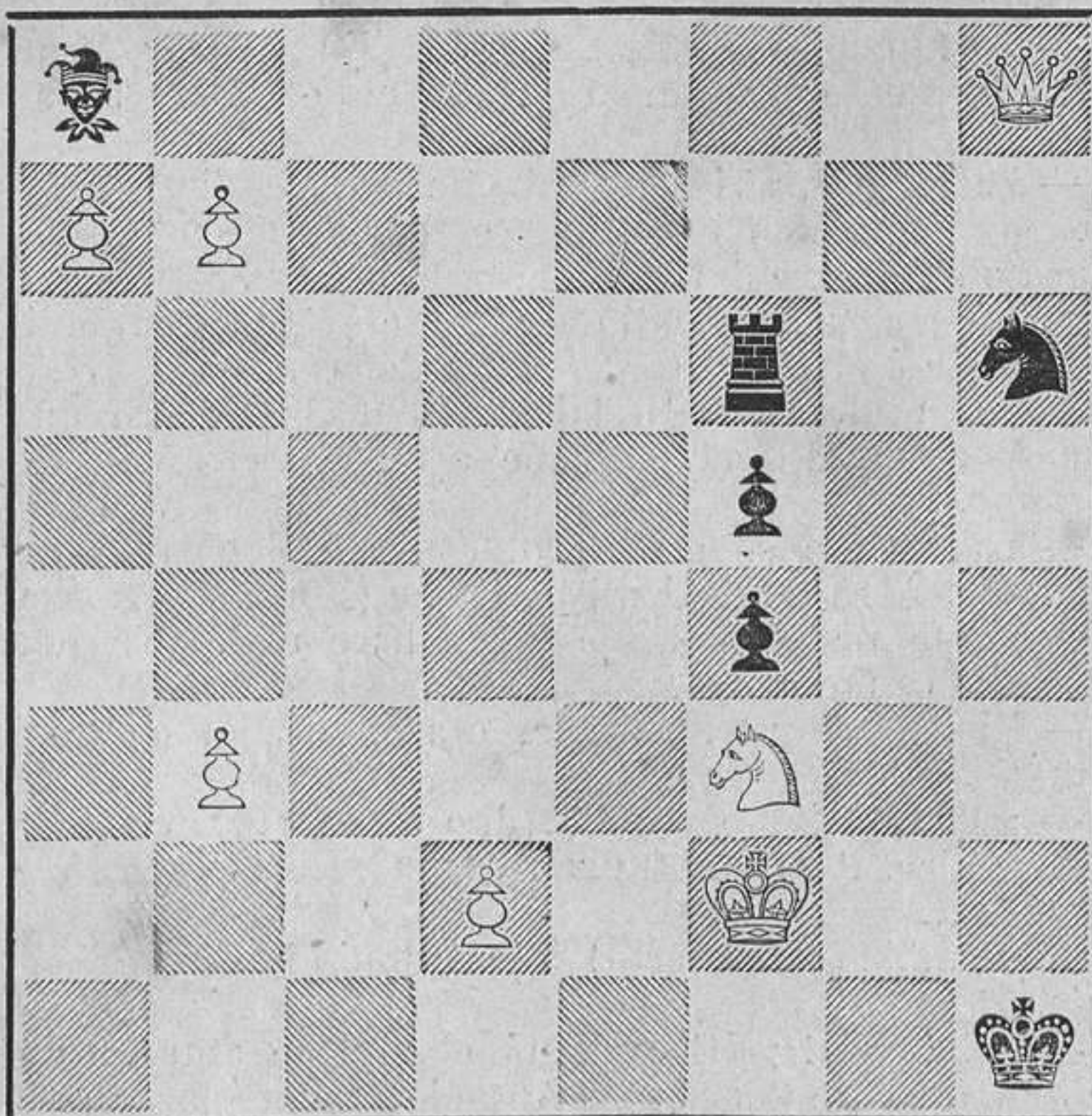
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 250.

- | | | |
|---|------------------------|-------------|
| 1 | T toma PR | P toma T |
| 2 | Rª 5ª AR | R toma C |
| 3 | P 4ª Rª jaque | R toma P |
| 4 | Rª 4ª R jaque | R 4ª ó 6ª A |
| 5 | Rª toma PR jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 251, POR M. SAMUEL LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:
 X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

cómo podré obtener una reparacion de mi honor ultrajado, dijo Antonio con aire sombrío.

— Me complazco en creer que no sometereis este asunto al arbitrio de nuestro principal, dijo M. Jordan. Esto seria tan desagradable para mí como para estos señores.

— Y para mí mucho mas todavía contestó Antonio. Sé lo que debo hacer, pero antes deseaba oír de vuestros labios la declaracion de que M. Fink me ha tratado indignamente.

— Su posicion en el escritorio, dijo M. Jordan, no le da el derecho de haceros encargos, y mucho menos cuando estos se refieren á sus negocios particulares con las liebres y las perdices.

— Esto me basta, dijo Antonio, y ahora os ruego que tengais la bondad de concederme una audiencia á solas.

Pronunció con tal expresion de seriedad estas palabras, que M. Jordan, sin replicar, abrió la puerta de su dormitorio y entró con él. Antonio cogió en seguida la mano de su jefe inmediato, la estrechó fuertemente y le dijo:

— Un gran servicio reclamo de vuestra bondad. Bajad, os ruego, al cuarto de M. Fink, y exigidle en mi nombre, que mañana, en presencia de todos los compañeros de escritorio, me pida perdon por las injuriosas palabras que se ha tomado la libertad de dirigirme.

— Esto dificulto mucho que lo haga, dijo M. Jordan sacudiendo la cabeza.

— Pues bien, si no accede á mi demanda, dijo Antonio con vehemencia, llevadle de mi parte un cartel de desafío. Nos batiremos con sable ó con pistola.

Si algun negro vapor hubiera salido súbitamente de la botella de tinta de M. Jordan, y condensándose este vapor se trasformara en uno de aquellos terribles espíritus de que se hace mencion en algunos antiguos cuentos, y si este espíritu hubiera mostrado la intencion de estrangular en el acto al pobre hombre, no hubiera podido hacer una cara mas lastimera que la que puso frente á frente de nuestro héroe.

— ¡Wohlfart, teneis el diablo en el cuerpo! ¡Quererse batir con M. Fink! ¿No sabeis que tira admirablemente la pistola, mientras vos, que únicamente desde hace seis meses estais en el escritorio, sois un novicio?... Esto es enteramente imposible.

— ¡Cómo! Yo he hecho mis estudios, he sufrido mis exámenes y ahora estaria estudiando si no hubiese preferido entrar en el comercio. Maldito sea este estado, si me envilece hasta el punto de impedirme que provoque á mi enemigo. En ese caso voy á encontrar hoy mismo á M. Schræter para decirle que me retiro de su casa, exclamó Antonio echando fuego por los ojos.

M. Jordan miraba con la mayor admiracion á su dulce y humilde discípulo, trasformado repentinamente á sus ojos en una especie de gigante fantástico.

(Se continuará.)